

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EL CASO MORTARA
Y EL PODER DE DIOS**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Persecución a los judíos de Europa.

Caso Mortara.

¿Secuestrado?

El bautismo.

El demonio.

El poder de Dios.

Sus enemigos.

Hipócritas en acción.

AUTOBIOGRAFÍA

Bautizado.

La separación.

El niño Mortara y Pío IX.

El joven Mortara.

Relación con sus padres y hermanos.

Conquista de Roma y sus problemas.

La familia Mortara.

Acontecimientos políticos.

En Francia.

En otros países.

La cuestión romana.

Contra la beatificación de Pío IX.

Declaración del padre Mortara.

¿Antisemitismo de Pío IX?

Pío XII.

Los ateos.

Nueva religión laica.

APÉNDICE

Alfonso María de Ratisbona.

Sor Mary of Carmel.

Eugenio Zolli.

padre José Cuperstein.

Simón Cohen.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

El comunista Marco Bellocchio presentó en mayo del 2023 el film *Rapito* en el Festival de Cannes tratando el caso de Edgardo Mortara (1851-1940), un niño judío, que dicen fue secuestrado, por el Papa Pío IX. El film está basado en el libro escrito por Daniel Scalise, que trata de desprestigiar a la Iglesia católica e ignora totalmente lo que el mismo Edgardo con 37 años escribió en su Autobiografía, que se conserva en el archivo de Roma de los canónigos regulares lateranenses. Vittorio Messori ha traducido esta Autobiografía, escrita en español, al italiano y la ha puesto a la consideración de todos en su libro *Io, il bambino ebreo rapito da Pío IX*. Sin embargo, los enemigos de la Iglesia rápidamente han solucionado todas las dificultades, diciendo que Messori falsificó el escrito. Yo pregunto: ¿Lo han leído acaso en el original español? Si no lo han hecho, se lo presentamos en este libro, aunque eliminando varios párrafos para no hacer demasiado larga la exposición y lectura, pero pueden conseguir esta Autobiografía completa, pidiéndola al archivo de los canónigos regulares lateranenses de Roma.

Edgardo era el noveno hijo de Salomón y Marianna, una familia judía, residente en Bolonia (Estados Pontificios) y que tenía un negocio de ropa en la ciudad. Cuando tenía un poco más de un año se puso gravemente enfermo y en peligro de muerte inminente, según los médicos, la criada católica de la familia, Ana Morisi, lo bautizó sin que nadie se diera cuenta.

Los padres habían incumplido la ley de no tener criados cristianos. Al haber sido bautizado Edgardo válidamente, según otra ley, tenía derecho a ser educado como cristiano hasta que tuviera la edad de diecisiete años para poder decidir si seguía como cristiano o regresaba a su primera fe, que le enseñaron sus padres. Los padres no aceptaron que fuera llevado a un internado de Bolonia, donde podrían haberlo visitado fácilmente y con frecuencia. Organizaron manifestaciones contra el actuar del Papa, quien para evitar dificultades, decidió llevarlo al niño a Roma, donde sería bien educado y cuidado con toda clase de comodidades. ¡Qué fácil hubiera sido, si sus padres por el bien del niño hubieran permitido que fuera educado interno, no solo como católico, sino en todas las ciencias de su tiempo en las mejores condiciones y con los mejores profesores, hasta los 17 años en que el niño pudiera decidir si quería o no seguir la religión católica o la judía. Es decir, que la separación de los padres sería por el bien del niño y por tiempo determinado. Nadie puede obligar a abrazar una religión sin libertad.

Pero ahí comenzaron los problemas, ya que los padres de Edgardo consiguieron la movilización de todas las comunidades judías del mundo y de los grupos masónicos y de muchos anticlericales contra el Papa y contra la Iglesia.

He aquí el tema que vamos a desarrollar y que tratará de solucionar el mismo Edgardo, cuando siendo sacerdote escribe su Autobiografía y también cuando firma su declaración en favor de la beatificación del Papa Pío IX

PERSECUCIÓN A LOS JUDÍOS EN EUROPA

En España, el año 1391 hubo matanzas de judíos. En 1470 y 1473 hubo motines, matando varias decenas de judíos. La opinión popular era totalmente negativa contra ellos, porque se pensó que nunca serían buenos españoles y, según la mentalidad de aquel tiempo, para tener paz y unidad política era preciso tener la misma fe. Se decidió su expulsión para todos los judíos que no se convirtieran a la fe católica y se les dio cuatro meses de plazo para salir. Muchos se convirtieron falsamente para disfrutar de los derechos de todos los españoles sin restricciones, pero en privado siguieron conservando su fe judaica. A estos se les llamó marranos, una palabra de desprecio, pues estos falsos convertidos cometían un delito y eran juzgados por la Inquisición.

Hasta el momento de la expulsión, los judíos radicados en España habían tenido el apoyo oficial como un cuerpo de súbditos y vasallos que contribuía con una contribución pecuniaria importante, pero la gente de la calle los veía con resentimiento, especialmente por la usura, ya que prestaban dinero con altos intereses y muchos se endeudaban sin poder pagar. Incluso a los reyes les prestaban dinero los ricos judíos, sobre todo en tiempos difíciles de guerras, epidemias, sequías, etc.

Una denuncia grave que se les hacía era que en su libro del Talmud había 35 proposiciones blasfemas contra los cristianos, hacían burla del culto cristiano y blasfemaban contra Cristo y la Virgen diciendo que Jesús había nacido de un padre soldado romano. Incluso hubo denuncias de profanación de la Eucaristía. Lo cierto es que el decreto de expulsión no fue una decisión de un momento, sino que se fue amasando durante muchos años atrás con revueltas y rencor en el pueblo.

Muchos de los expulsados se fueron a Portugal o a los Estados Pontificios, de donde fueron expulsados de algunas ciudades, pero nunca de Roma ni de Ancona. Algunos se convirtieron sinceramente, pero la mayoría prefirió salir del país antes que renegar de su fe, a pesar de tener que comenzar a veces de cero en otro país e incluso de no ser bien recibidos. Parece, según los historiadores, que para no ser expulsados, le ofrecieron a los Reyes Católicos unos 30.000 ducados, una cantidad muy grande, pero estos prefirieron la unidad de la fe al fácil oro que se les ofrecía.

Evidentemente al ser expulsados tuvieron que vender de mala manera sus bienes inmuebles y muchos se aprovecharon de esta oportunidad y los que tenían deudas no se las pagaron. Los reyes trataron de evitar injusticias, pero eso prácticamente fue imposible. Además, no todos los judíos eran ricos, muchos eran de clase media o pobres. De hecho las familias más ricas se quedaron en España por su conversión. Otros muchos, al no ver buenas perspectivas en los lugares donde fueron, regresaron para bautizarse y así seguir radicados en España, aunque también hubo muchos casos en los que algunos oficiales reales les facilitaron la entrada sin pedirles cuentas de nada, solo por dinero.

Ahora bien, recordemos que fueron expulsados de otros países de Europa: De Roma habían sido expulsados en el año 49-50 por los emperadores romanos, por los visigodos españoles en el año 616, En Francia en 1182, 1306, 1321, 1322 y 1394. En Inglaterra en 1289 y 1290. En Alemania hubo matanzas en 1336 y 1338. En Austria en 1421 y 1670. En Portugal en 1496. En Lituania en 1495, en el reino de Navarra en 1498, en el reino de Nápoles en 1541, en Génova en 1550 y 1567. En Baviera de Alemania en 1554. En los Estados Pontificios en 1569, excepto en Roma, Aviñón y Ancona. Y no olvidemos los pogroms. Eran matanzas y saqueos realizados por una multitud enfurecida contra un colectivo, especialmente contra judíos como en Ucrania y el sur de Rusia entre 1881 y 1884 o en Polonia y Bielorrusia en 1918 y 1920. Y todo ello sin olvidar los 6 millones de judíos asesinados por los nazis.

En estos últimos casos la inhumanidad y crueldad de los asesinos superaron toda medida humana.

CASO MORTARA

El asunto comenzó porque una familia judía de Bolonia (Italia), incumpliendo las leyes de los Estados Pontificios, tenía una criada católica. Cuando uno de los hijos de la familia, Edgardo, tenía poco más de un año, se puso gravemente enfermo y, pensando que iba a morir, la criada decidió bautizarlo en secreto. De esta manera, tal como enseña la Iglesia, una vez bautizado, iría directamente al cielo, concediendo así al niño una gracia superextraordinaria.

Ahora bien, aquí no hubo ninguna presión para bautizar y hacer del niño judío un cristiano. La Iglesia ha prohibido de siempre bautizar a niños de familias no cristianas. Solo aceptaba el bautismo de niños sin el consentimiento de sus padres (judíos en esta ocasión) en caso de que los niños hubieran sido abandonados por sus padres o estuvieran desahuciados, en real peligro de muerte, porque así al morir iban directamente al cielo. Esto no quiere decir que si no

eran bautizados, irían al infierno. Eso lo creyeron algunos teólogos antes del siglo XIII, pensando que irían al infierno donde tendrían un mínimo sufrimiento. Pero a partir del siglo XIII, todos los teólogos con santo Tomás de Aquino a la cabeza creyeron que los niños muertos sin bautismo irían a un limbo o paraíso terrenal, donde serían felices con una felicidad puramente natural y no sobrenatural en el cielo. En el siglo XX surgió otra opinión, ya que este asunto nunca fue definido definitivamente por la Iglesia y aun ahora es tema opinable. La nueva opinión actual es que los niños muertos sin bautismo van a ir un día, tarde o temprano, al cielo, aunque no necesariamente inmediatamente después de morir. Así se expresaron los teólogos en un documento de la comisión teológica internacional de 2007, donde se dice: Además de la teoría del limbo, que continúa siendo una opinión teológica posible, puede haber otros caminos que integren y salvaguarden los principios de la fe (es decir, para ir al cielo).

En este caso el niño no murió, se sanó; y entonces entró a tallar otra ley de los Estados Pontificios, según la cual un niño cristiano, por estar bautizado, tenía derecho a ser educado en la religión cristiana.

El asunto se complicó más de lo que podía haberse previsto. Otro hermano de Edgardo, Arístides, también se enfermó gravemente y algunas amigas de Ana Morisi, la criada de la familia, le insistieron en que lo bautizara como al otro, pero ella tuvo miedo de las consecuencias, si se sanaba y era cristiano, viviendo en una familia judía. Arístides murió, pero el secreto descubierto del bautismo de Edgardo hizo que las amigas le aconsejaron que hablara con su confesor, quien con su permiso trató del tema hasta que, después de varias instancias, llegó a oídos del Papa Pío IX. Él ordenó al padre Filetti, del tribunal de la Inquisición de Bolonia, que investigara y le respondió que se habían hecho las averiguaciones y que el bautismo realizado a Edgardo había sido válido. Por tanto, según la ley había que educarlo como católico. Se propuso a sus padres que permitieran que se educase en un colegio católico de Bolonia como interno y así podrían visitarlo siempre que lo desearan. Pero su padre se cerró a cualquier solución pacífica y comenzó a mover influencias entre los judíos de Bolonia, que transmitieron el problema a las comunidades judías a lo largo del mundo. Y el problema, que parecía reducirse a un grupo familiar, se hizo internacional, de modo que hasta intervinieron personalidades políticas de importancia y sobre todo grupos masónicos y anticlericales, que aprovecharon la oportunidad para criticar a la Iglesia y al Papa en concreto. Como había peligro de que hicieran en Bolonia revueltas callejeras y podían querer rescatar a Edgardo, el Papa mandó que lo llevaran el 24 de junio de 1858 a Roma. Edgardo tenía solo 6 años.

Pero no olvidemos que los padres de Edgardo infringieron la ley de no tener criados cristianos y además querían que el Papa, responsable del Estado, la infringiera no cumpliéndola.

Muchos anticlericales gritaron contra el Papa y la Iglesia como retrógrada y oscurantista. Sin embargo, recordemos que un Estado tan grande y glorioso como el imperio Austro-húngaro en aquel tiempo tenía una ley según la cual quien bautizase a un niño hebreo, sin el consentimiento de sus padres, era condenado a dos años de cárcel y al pago de una multa de 1.000 *zecchini* de oro. Pero si ese bautismo era válido, la ley austríaca obligaba a separar al niño de sus padres y educarlo cristianamente con personas competentes ¹. Y Viena era una de las capitales europeas más brillantes y avanzadas y no oscurantista o retrógrada como decían del Vaticano .

¿SECUESTRADO?

Aquí comienza otro asunto que hasta el día de hoy sigue complicando las cosas. Se trata de que se habló en todas partes de que el niño había sido secuestrado por el Papa con toda crueldad y fanatismo. Pero en este caso no hubo ningún secuestro. ¿Qué es secuestro? Secuestro es retener a alguien contra su voluntad para exigir dinero o para otros fines sin darle libertad y sin que se sepa su paradero. En este caso no hubo ningún rescate. A sus padres les quitaron la custodia temporal del hijo. Ellos supieron en todo momento dónde estaba y podían visitarlo, como lo hicieron a los pocos días de llegar a Roma en unión con el rabino jefe de Roma. Y esto todos los días durante un mes con el fin de convencer al niño para poder llevárselo a casa. Cuando era un jovencito, siendo estudiante de la Congregación de los canónigos regulares lateranenses en Roma, le dieron permiso para ir a su casa. Estaba tan convencido de su fe católica que quiso convertir también a sus padres y hermanos, pero al ver que eso los indisponía y era contraproducente, dejó de hablar de religión. Se escribían cartas y, siendo ya sacerdote, manifestó en diferentes ocasiones su gran amor a sus padres y hermanos.

EL BAUTISMO

La cuestión de fondo es el bautismo. Para muchos católicos el bautismo es solo una costumbre que va dejándose a veces por años. Algunos padres ya ni quieren bautizar a sus hijos con la excusa de que no hay dinero para la fiesta o que no es algo importante. Sin embargo, el bautismo es un sacramento y el bautizado se convierte en hijo de Dios y cristiano. El alma, vacía de Dios, por llevar las consecuencias del pecado original, se llena de Dios y de su amor por el

¹ Messori, *Io, il bambino ebreo rapito da Pio IX*, Ed. Mondadori, Milano, 2005, p. 44.

bautismo y, si muere en ese momento, va directa al cielo. Es tan grande la gracia recibida en el bautismo que se dice que imprime carácter indeleble en el alma.

De hecho, él mismo refiere a lo largo de toda su vida que sintió una profunda gratitud hacia quienes le habían hecho un hijo de la Iglesia, desde Ana Morisi, la criada que lo bautizó, hasta Pío IX. Un Papa del que dice en su Memorial que *lo pospone todo, lo olvida todo para ocuparse del futuro de un pobre niño al que una joven doncella ha hecho hijo de Dios, hermano de Cristo, heredero de la gloria eterna en el seno de una familia israelita. Para salvar el alma de este niño el gran pontífice lo soporta todo, se expone a todo, lo sacrifica todo, incluso pone en peligro sus Estados ante la furia infernal de los enemigos de Dios.*

De ahí que el demonio distingue muy bien entre los que están bautizados y los que no lo están.

EL DEMONIO

En el caso de Edgardo, el demonio, con el permiso de Dios, le manifestó claramente su rabia. Él mismo nos dice en su Autobiografía: Encontrándose una vez enfermo en casa de uno de sus tíos, vio aparecer en el umbral de la puerta de su cuarto un perro colosal, cuya mirada satánica e infernalmente horrible arrancó del niño un grito agudísimo de espanto y terror, acudiendo desde luego los de casa, quienes enterados de lo que ocurría y por más que buscaran, nunca pudieron dar con ese formidable mastín, cuyo recuerdo lo llena todavía de espanto y es para él inolvidable. Otra vez, poco antes de ejecutarse las órdenes soberanas de separación (de la familia), habiendo tenido que salir de su aposento para dirigirse a otra parte de la casa, oyó, no sabe Edgardo cómo ni de dónde, un grito que nada tenía de humano, muy desconsolador, lúgubre y espantoso, revelando un desborde de encono y de rabia satánica que el niño asustado principió a dar voces, pidiendo socorro y echándose apresuradamente en los brazos de su madre que se encontraba en casa y había acudido con otros de la familia, a cuyas preguntas no supo contestar el niño de otro modo que llorando y sollozando.

EL PODER DE DIOS

Para los ateos o anticlericales todo lo que sea hablar de Dios, del diablo, de milagros o de cosas sobrenaturales son simplemente tonterías de los curas, pero lo que no pueden hacer es explicar muchas cosas extraordinarias de la vida de Edgardo, que manifiestan sin lugar a dudas la presencia y el poder de Dios.

Fijémonos lo que él mismo nos dice sobre sus salidas con la criada antes de que estallara el problema: Saliendo a veces con la doncella que le bautizara, a quien podía mirar como a su madre en Jesucristo, acertando a pasar con ella delante de una iglesia católica, al ver que Ana se descubría, Edgardo se quitaba respetuosamente su sombrero y, si Ana entraba a veces en algún templo católico, el niño de muy buena gana la seguía y hasta era el primero en pedirselo. Todavía recuerda con deleitación que encontrándose un día con su madre en una plaza de Bolonia, en el momento en que se verificaba la procesión solemne de San Petronio, patrono de aquella ciudad, el niño manifestó un vivo e impaciente deseo de ver pasar la procesión cristiana, consintiéndolo su madre por no contrariarlo, pero muy de prisa y a escape y tirándole de la mano, impedida ella por cierto escrúpulo interior.

No olvidemos que el niño estaba a punto de morir y se sanó. No es el único caso, sino uno de tantos en que Dios mismo manifestó su poder dando la salud por medio de bautismo; de hecho su hermano se murió. A este respecto, el famoso predicador internacional católico P. Darío Betancourt tiene algunos testimonios en su libro *Fuentes de sanación*².

Pero veamos otros hechos. Durante el viaje de Bolonia a Roma, que duró cinco días en una carroza, en la que iban dos señoras y dos gendarmes, las señoras quisieron iniciarlo en los rudimentos de la doctrina cristiana. Él nos dice en tercera persona: Edgar accedió gustoso a su laudable deseo, aprendiendo desde luego el padrenuestro y el avemaría, a santiguarse y a invocar a María santísima. Aquellas buenas damas, cuyo recuerdo es inolvidable para Edgardo, fueron las primeras en continuar en favor del niño los cuidados de la divina maternidad de la Iglesia.

Giuseppe Agostini, uno de los gendarmes pontificios que llevó al niño Edgardo a Roma desde Bolonia en una carroza, acompañado de otro gendarme y otras dos señoras, dio testimonio del viaje en el semanario *L'Osservatore bolognese* (Nº. 30 del 29 de octubre de 1858, pp. 2-3). Nos dice: *A lo largo del viaje a Roma las dos señoras le dieron al niño el libro de Filotea (de San Francisco de Sales) para que lo leyera y lo leyó con agrado y cada vez que las señoras hablaban de cosas de la religión cristiana él ponía mucha atención y hacía muchas preguntas. Ponía mucho interés en conocer todo lo que se refería a nuestra santa religión. Apenas se detenía la carroza en cualquier lugar o ciudad, lo primero que pedía era ver las iglesias. En ellas entrábamos y él permanecía con mucho respeto y con una devoción conmovedora.*

² Ed. Tierra Nueva, 1994, pp. 42-44.

Por cartas de Roma, dignas de fe, sabíamos que el niño estaba muy contento de su situación y mostraba un ingenio despierto con un carácter dócil y tranquilo. En medio de su alegría, solo le afligía el pensamiento de ver a sus padres y hermanos en el judaísmo y decía: *Yo rezaré al Señor para que les dé la gracia de que ellos se hagan cristianos.*

Y nos sigue informando: Recibióle Pío IX con la mayor benevolencia y al oír de sus labios repetir exactamente las palabras que le había enseñado el señor Rector, el padre Santo se sintió profundamente conmovido y, abrazando tiernamente al niño, díjole que toda vez que por una triste necesidad se encontraba separado de sus padres, él, padre común de los fieles, lo adoptaba desde aquella hora, encargándose de su educación y asegurando su porvenir.

Sus padres fueron a Roma a visitarlo y estuvieron un mes entero *acompañados siempre del gran Rabino de la sinagoga, echando mano de recursos y ardidés para vencer la constancia de Edgardo y usando de promesas muy halagüeñas para un niño para que decidiera volver con ellos a su casa. En su lugar diremos cuál fue la actitud del joven neófito frente a esas tentativas de sus padres, que no consiguieron absolutamente nada. Y no olvidemos que solo tenía siete años.*

Otro caso: *Habiendo sido llevado Edgardo a la ciudad de Alatri para pasar algunos días en la familia de los señores Sarra, un día, regresando el niño del altar acompañando al sacerdote a quien ayudara en el santo sacrificio (misa), se presentó su padre con ánimo de verificar un rapto en la persona de su hijo. Grande fue el susto que experimentó el niño, pero muy presto acudió el mismo sacerdote que era don Vicente Sarra, hermano del señor Rector, el cual, dirigiendo al señor Mortara las más enérgicas observaciones, hizo que este se alejara para no aparecer ya más hasta el año 1870.*

¿Cómo puede explicarse naturalmente estos hechos en la vida de Edgardo sin la intervención de Dios? Normalmente se supone que un niño criado hasta los 6 años en la doctrina y fe hebraica, que todos los días rezaba sus oraciones con su madre, y que además cumplía con su familia las costumbres principales de su fe, ¿cómo puede ser que antes de ser separado ya sentía un deseo en cierto modo natural a entrar a las iglesias con su criada y de conocer la fe cristiana? ¿Y cómo el día de la separación en su viaje a Roma ya siente mucho gusto en aprender cosas de la fe cristiana? Y no desea regresar con sus padres recién llegados a Roma ni cede a sus instancias diarias durante un mes. Y cuando su padre en Alatri trata de llevárselo, él siente gran temor. Y aún más, ¿cómo puede explicarse humanamente que quiera ser religioso y sacerdote para seguir a Cristo hasta la muerte?

Y a pesar de todas las calumnias y ataques de la prensa de los hebreos, liberales, masones, etc., que inventaban cosas como que el niño Edgardo estaba continuamente llorando por el deseo de volver a su casa con su familia y de que le estaban lavando el cerebro, él mismo dice (aunque parece que ninguno lo creía) en la Autobiografía en tercera persona: *A pesar y en contra de todos los antecedentes mosaicos en el niño Mortara, se mostraba su alma para decirlo con Tertuliano naturalmente cristiana o lo que es lo mismo cristiano por el instinto sobrenatural de la gracia.*

SUS ENEMIGOS

Empecemos por decir que el padre de Edgardo, llamado Salomón, pero le llamaban Momolo, por lo menos era simpatizante de la logia masónica de Bolonia, si es que no pertenecía a ella. Se sabe que Libero Muratore, el médico de la familia Mortara, era gran amigo de Momolo. Fue este médico quien a la llegada de los piemonteses a tomar Bolonia, cuando el inquisidor local, el padre el padre dominico Filetti fue encarcelado y procesado, este médico extendió un certificado complaciente, declarando que la enfermedad del pequeño Edgardo, cuando fue bautizado, no era grave y que por tanto no era un caso de peligro de muerte (pues eso hacía válido ese bautismo). Atestado inexacto, dado que todos los testimonios y no solo de la criada Ana Moresi, hablan de la desesperación de los padres ante la inminente muerte de su hijo Edgardo ³.

En su libro sobre el caso Mortara, Daniele Scalise hace de psicólogo y afirma por su cuenta que el padre Pío María Mortara era un psicopático, prisionero de su infierno privado, un desgraciado, o sea un enfermo mental, que estuvo toda la vida sufriendo las consecuencias de su secuestro. Es cierto que el padre Pío María tuvo durante toda la vida una mala salud, la enfermedad en la que estuvo a punto de morir siendo niño era neuritis, lo dice él, y se repitió a lo largo de su vida. Eso fue antes del famoso secuestro. Por lo demás, algunos otros miembros de su familia también manifestaron rasgos de neuritis. De hecho su padre Momolo, cuando fue acusado de homicidio, también manifestó rasgos de neuritis, como si eso fuera un componente hereditario ⁴. Su padre fue acusado de homicidio y después absuelto por haber ayudado a un amigo a tirar por la ventana a una criada.

Algunos enemigos del Papa se atrevieron a decir que el secuestro de Edgardo era un caso de pedofilia del Papa con el niño. Otros dijeron que este caso llevó a la ruina a su familia, lo que es enteramente falso.

³ Messori, p. 25.

⁴ Messori. p. 59.

Uno de sus hermanos fue oficial del ejército y los demás pudieron estudiar y conseguir buenos puestos en la sociedad y todos tuvieron buenas relaciones personales con él, siendo ya sacerdote. La familia primero se trasladó de Bolonia a Turín y después a Florencia, y el mismo P. Pío María (Edgardo) mantuvo buenas relaciones con toda su familia y aclaró en su Autobiografía este punto del bienestar en su familia.

Algunos de los enemigos anticlericales, buscando los cinco pies al gato, dijeron que nunca convirtió a nadie y que estuvo toda su vida lleno de enfermedades y sufrimientos. Como si dijeran que toda su vida fue un infeliz, lo que es totalmente falso y que se demuestra con sus obras y sus predicaciones en distintos países en 9 idiomas de los 11 que conocía, incluso Miguel de Unamuno habla de haberle oído hablar en vasco en Guernica. Ciertamente la vocación religiosa y sacerdotal no es para cualquiera y solo se puede realizar con la gracia y el poder de Dios, que ha escogido al candidato para ello desde toda la eternidad.

HIPÓCRITAS EN ACCIÓN

El ministro Cavour, ministro del poderoso reino de Cerdeña, Piamonte, que promovió la unidad de Italia, se alió con Francia e Inglaterra para ayudar a Turquía contra Rusia. Y, sin embargo, Turquía durante muchos años desde 1330-1826 había tenido la costumbre de secuestrar al hijo más bello y más robusto de las familias cristianas de sus dominios europeos. Estos niños eran educados en el más estricto y radical islamismo y constituyeron el grupo más aguerrido de las milicias turcas, llamado de los jenízaros. A otros muchos hijos de familias cristianas les cortaban los genitales o se los aplastaban para que fueran eunucos y pudieran según ellos ser de más confianza no solo para cuidar los harenes, sino también para ser empleados públicos ⁵. Cavour mandó 15.000 piamonteses en ayuda de Turquía, que no murieron en batalla, sino de una epidemia de cólera, comenzando por su comandante Alessandro La Marmora ⁶.

Y en ese tiempo de fines del siglo XIX en Italia las leyes anticristianas como la ley de Michele Coppino (1822-1901), ministro de educación del Reino de Italia, consideraban que los hijos eran del Estado antes que de sus padres y eran obligados los padres a llevarlos a las escuelas, donde eran educados con ideas anticristianas, quitando todo derecho de educación a sus padres. Eso en las escuelas y después, siguiendo las normas de la Revolución francesa, les quitaban

⁵ Messori, p. 52.

⁶ Messori, p. 53.

a los hijos por la leva obligatoria militar. Las leyes del Estado imponían el secuestro de los hijos para educarlos según las normas del Estado.

En Inglaterra, en sus conquistas coloniales se asistía a los huérfanos de militares muertos solo si las madres aceptaban que fueran educados según la fe anglicana, pero la mayor de los niños eran hijos de católicos irlandeses. Después de la guerra de Crimea (1853-1856) miles de niños católicos fueron internados en colegios protestantes para ser educados como anglicanos y no como sus padres católicos, porque la religión oficial era la anglicana. En Estados Unidos el presidente James Buchanan protestó vía diplomática contra Pío IX, pidiendo que liberara al niño Edgardo, pero en Estados Unidos quitar los niños a los padres esclavos era lo normal y nadie gritaba contra esas leyes y costumbres. Millones de esclavos negros en ese país no tenían autoridad sobre sus hijos y los patronos podían vender a los padres a unos y a los hijos a otros, algo que ya fue denunciado en el famoso libro *La cabaña del tío Tom*, pero sobre estos horrores nadie gritaba, pero sí ante el caso del niño Mortara.

AUTOBIOGRAFÍA

A continuación se pone a la consideración del lector las palabras exactas que escribió en español el mismo interesado del caso Mortara, el padre Pío María Mortara, como se llamaba de religioso Edgardo Mortara. Él escribe en tercera persona, pero nadie mejor que él nos puede aclarar muchas cosas que con frecuencia los adversarios no han tenido en cuenta o las han mal interpretado. Hemos quitado algunos párrafos para no hacer demasiado extenso su Memorial, que escribió siendo sacerdote a los 37 años. En caso de que alguien desee leer todo lo que él escribió exactamente en español puede pedir una copia de su Memorial o Autobiografía a los padres Canónigos regulares lateranenses de Roma. Veamos.

BAUTIZADO

Edgardo Levi Mortara nació en Bolonia, Capital de la Delegación del mismo nombre y de la Provincia de las Romañas, perteneciente al Estado Pontificio, el año de 1851, a 21 de agosto y fue el noveno de los doce hijos del legítimo matrimonio de Salomón Levi Mortara con Mariana Padovani Mortara. Sus padres profesaban la religión israelita, siendo adictos a sus creencias y a las prescripciones del Código mosaico. Las leyes civiles entonces en vigor en los Estados Pontificios prohibían terminantemente a los

israelitas el tener a su servicio o en su casa criadas católicas, favoreciendo sobremanera esta ley a los mismos israelitas.

Sin embargo, los padres de Edgardo, en vista del servicio más imprescindible de la familia el día de sábado sagrado y santo para el pueblo de Israel, estando severamente prohibido todo género de trabajo y ocupación material, tenían en su casa a una doncella de 16 años, de nombre Ana Morisi, que había de ser en las manos de la divina Providencia el instrumento y conducto de la gracia en favor de Edgardo.

Tenía éste apenas un año de edad, cuando fue acometido de una terrible enfermedad gastro-intestinal, acompañada de violentas calenturas, que en pocos días pusieron la vida del niño en el mayor peligro.

Tan rápidos fueron los progresos del mal, que ya no tardaron en manifestarse las señales evidentes de una inminente catástrofe en la extremada palidez, ojos encajados y desgano de alimento que se notaba en el niño, en términos de que los facultativos habían perdido toda esperanza de salvarlo, entregándose sus desconsolados padres al más profundo dolor, no abandonando la cuna sino por precisión, siendo sobre todo inconsolable su afligida madre, continuamente bañada en lágrimas.

En tales críticas circunstancias, Ana Morisi, la poco antes mencionada criada, recordando muy bien lo que enseña la Doctrina cristiana, ser lícito administrar el Santo Bautismo a un niño ya desahuciado, esperando el momento en que los desconsolados padres abandonaran la cuna del niño, y previamente adoctrinada por los vecinos de la casa, tomando en sus manos un vaso de agua (Es lo que consta en la relación que la misma criada hizo en los Tribunales bajo juramento) dio al moribundo el *agua de socorro per aspersionem* en la forma del bautismo de enfermos.

Realizado este acto en apariencia tan sencillo, en realidad tan grande y de tan transcendentales consecuencias, no mediando otros testigos más que Dios y sus ángeles, Ana quedóse muy satisfecha, pensando, como ella se expresaba luego, que con aquel acto enviaría un alma al Paraíso.

Pero, así disponiéndolo Dios, no se realizaron las previsiones de Anna, sino que luego de quedar regenerada el alma del niño, incorporada a Jesucristo y heredera de la gloria celestial, la vida sobrenatural tuvo su destello y su reflejo en su frágil y desquiciada naturaleza, recobrando paulatinamente las fuerzas y quedando al fin completamente sano y restablecido.

Imposible describir el gozo que experimentaron los afligidos padres, contrastando con el sobresalto que se apoderó de la joven criada, al ver al niño sobrevivir a la enfermedad y las terribles consecuencias que iban a resultar de este hecho sin precedentes y desconocido de los padres.

¿Qué haría la pobre criada? ¿Lo manifestaría?, pero, ¿a quién? ¿a los padres del niño tan profundamente adictos a su religión? ¿qué resultaría para ella, a qué furor, a qué odio, a qué malos tratamientos no iba a exponerse? ¿y el pobre niño? Quién sabe lo que sería de él...en fin, Ana no tuvo el valor necesario para declarar el hecho y calló.

Silencio fatal y funesto para el niño Edgardo, aunque disculpable en la tímida doncella. Pero he aquí cómo la infinita misericordia de Dios puso el colmo a su materna predilección en favor de Edgardo.

A los cinco años de realizarse el bautizo del niño Edgardo, un hermanito suyo, de nombre *Arístides*, si bien recuerdo, cae gravemente enfermo y está a punto de morir. Adivinando el pensamiento y el deseo de la buena Anna, le hicieron presente sus amigas, que no podía dejar de bautizar a aquel pobre niño ya desahuciado y abandonado de los facultativos.

Grande fue su sorpresa al contestarles Ana que no se atrevía a hacerlo, no sea que tuviera que pasar por un segundo lance.

¿Qué pues, replicaron las amigas? Temo, repúsolas, o que éste también sobreviviera a su bautizo como pasó a Edgardo, bautizado y cristiano desde hace cinco años sin que nadie, ni él mismo lo sepa.

¿Cómo, contestaron las mujeres azoradas? ¿qué es lo que dices, y te atreves a callar?

“No tengo valor para declarar el hecho, y prefiero resignarme al profundo desconsuelo que me causa mi silencio”. A lo que replicaron sus amigas, que muy bien podía sin comprometerse manifestar el hecho al confesor, quien luego se encargaría de ponerlo en conocimiento de la autoridad competente.

Eso fue cabalmente lo que practicó Ana, quien sin embargo estuvo muy lejos de bautizar al desdichado *Arístides*, que menos afortunado que Edgardo sucumbió muy en breve a la enfermedad, siendo causa accidental e indirecta de un porvenir en sí fecundo en terribles choques y encarnizadas luchas, pero para Edgardo sumamente afortunada y feliz.

LA SEPARACIÓN

Enterado el confesor de Ana de todo lo ocurrido y previo el consentimiento de la penitente para que se comunicara a la autoridad competente, y desde luego hecho presente al Sr. arzobispo de Bolonia, éste sin tardar conferenció con el Rvmo. P. Feletti, Presidente del Segundo tribunal de la Inquisición y de acuerdo con él transmitieron y comunicaron lo acontecido a la Sagrada Congregación de la Penitenciaría, cuyo Cardenal Prefecto, lo hizo presente a S. S. el Sumo Pontífice Pío IX de Santa y Feliz memoria.

Este glorioso e inmortal Pontífice, que vive y vivirá siempre en la memoria y en el corazón del mundo católico, guiado en esta ceremonia por una de aquellas intuiciones instantáneas de la verdad y de aquellas inspiraciones secretas que serán publicadas tarde o temprano cuando veamos brillar en la frente augusta del Santo Pontífice la aureola de los santos, desde luego comunicó órdenes directas al Señor arzobispo para que encargara al P. Feletti que, echando mano de todos los medios de persuasión, hiciera comprender a los padres de Edgardo queja Iglesia tenía el deber y la obligación imprescindible de encargarse de la educación religiosa del niño que por intervención tan evidente de la Providencia, sin que nadie absolutamente influyera en ello, había recibido el Sagrado Bautismo, siendo así incorporado a Jesucristo y a su celestial rebaño. Que para no imponer gravamen ninguno a los padres, él mismo suministraría los recursos necesarios para su educación, colocándole y manteniéndole a sus expensas en un Colegio católico en el mismo Bolonia, para que así sus padres pudieran visitarle cuando bien les pareciera.

Comunicadas las órdenes del Sumo Pontífice al Sr. arzobispo, éste encargó luego su ejecución al P. Feletti, quien no tardó en transmitir las a los señores Mortara, personándose en su propia casa.

Una violenta explosión de dolor, y un torrente de lágrimas de parte, sobre todo, de la madre del niño fue la contestación dirigida por ello a lo expuesto por el referido padre, quien no se atrevió por de pronto a resistir.

Volvió luego repetidas veces sin obtener ningún resultado, oponiéndose el padre del niño con absoluta intransigencia a toda especie de separación, aún en la forma más mitigada y prorrumpiendo su afligida madre en sollozos, resultando inútiles por parte del Inquisidor todos los medios y recursos de persuasión y conciliación.

Enterado el Sumo Pontífice Pío IX del rumbo que tomaba el asunto, mandó se volviera a insinuar a los señores Mortara que la Iglesia Católica no podía menos de cumplir con tal sagrado deber y que de resultar inútiles los medios de persuasión se vería precisado Él, como Vicario de Jesucristo y Príncipe temporal, a aplicar otras medidas si bien con el mayor sentimiento y deplorando en sumo grado sus tristes consecuencias, de las cuales serían responsables los mismos padres del niño, los cuales ya que se habían expuesto a este terrible lance por no haberse conformado con las leyes del Estado pontificio, opuestas terminantemente a que los israelitas tomaran a su servicio criadas cristianas, podían ahora muy bien aceptar el lenitivo que se les ofrecía en el proyecto de colocar al niño en un Colegio católico en el mismo Bolonia.

Mientras tanto, la colonia israelita, muy crecida en Bolonia, en donde sin embargo no había ghetto, o sea barrio separado para los judíos, circunstancia que los favorecía singularmente, tomó frente a las órdenes pontificias una actitud decididamente hostil, envolviendo en su unánime protesta a toda la jerarquía de la sinagoga de la cual era miembro el padre de Edgardo, instigando a éste a que se opusiera en absoluto a las proposiciones del Inquisidor bajo cualquier condición que estuviesen formuladas.

Llegó por fin la hora de la separación. El padre protestaba de nuevo altamente contra el acto que él calificaba de bárbaro, desahogándose la madre en suspiros y lágrimas y agudos gritos. La madre daba verdaderamente lástima. En el momento de abrazar a Edgardo por última vez, anegada en lágrimas, sucumbiendo a la vehemencia del dolor, cayó al suelo desmayada, sosteniéndole el padre y los otros hijos todos y llorando amargamente.

Edgardo no recuerda haber llorado mucho, pero sí recuerda que en el momento en que uno de los guardias lo tomó en sus brazos para llevarlo al coche preparado en la puerta de la casa, preguntó con una candorosa sencillez: ¿Me vais acaso a cortar la cabeza? y detrás de algunas palabras suaves que le dirigieron los guardias se tranquilizó, no oponiendo ninguna resistencia.

Se le colocó en un coche, en medio de tres guardias, gendarmes de a caballo, y se le echó un abrigo para que descansara, pues la alborada estaba muy fresca. Luego de abandonar la casa paterna, y verse entre soldados y desconocidos, el niño echó a llorar, llamando en voz alta y a gritos a sus padres.

Se le prodigaron buenas palabras y algunos dulces y bombones y desde luego a aquella primera emoción siguió una gran calma y el mas tranquilo y profundo sueño.

Se había dado orden a los guardias que vistieran de uniforme para imponer el respeto a las órdenes soberanas, y precaver cualquier tumulto. Por lo tanto, una vez fuera del teatro de la secuestación, y llegando a las puertas de la ciudad, se separaron de Edgardo los guardias de uniforme, quedando tan sólo con él un cabo vestido de civil, y esto por miramiento al horror natural que mostraba el niño hacia todo militar. El acompañante tenía órdenes, las más terminantes, de tratar al niño con la mayor bondad y benevolencia, prodigándole todo género de atenciones y cuidados, las que cumplió con la mayor exactitud. Pero Edgardo no correspondía siempre a las atenciones de su fiel y leal Mentor, cediendo a veces a algún arrebató de mal humor, que le causaba el recuerdo de sus abandonados padres, resistiéndose una vez a entrar en una iglesia católica, a menos que el guardia no le diera alguna moneda, y propasándose el niño hasta darle alguna bofetada, lo que muestra y prueba los malos instintos del niño, y deja vislumbrar lo que hubiese sido si la infinita misericordia de Dios no le hubiese escogido cabalmente a punto de hacer uso de la razón.

Pero por lo regular, Edgardo no aparentaba un carácter indomable, pues ofreciéndose dos piadosas señoras que viajaban con él, y acababan de enterarse de lo ocurrido, a iniciarlo en los rudimentos de la Doctrina cristiana, Edgar accedió gustoso a su laudable deseo, aprendiendo desde luego el *padre Nuestro* y el *Ave María*, a santiguarse, y a invocar a María Santísima. Aquellas buenas Damas, cuyo recuerdo es inolvidable para Edgardo, fueron las primeras a continuar en favor del niño los cuidados de la divina Maternidad de la Iglesia, inaugurados por la mano bendita de aquella doncella que en el orden sobrenatural pueda muy bien llamarse su madre (Ana Morisi).

EL NIÑO MORTARA Y PÍO IX

El día 24 de Junio, Fiesta de San Juan Bautista se había verificado la separación, y el día 29 del mismo mes, Fiesta de los SS. Apóstoles Pedro y Pablo, llegaba Edgardo a Roma, siendo confiado, por orden del Sumo Pontífice al Sr. D. Enrique Sarra, Rector del Establecimiento de Neófitos o recién convertidos, que quiso recibirlo en su propia casa, proporcionándole todo lo necesario, en lo cual sus dos hermanas Natalia y Ana se mostraron

sumamente celosas, encargándose sobre todo de la instrucción religiosa del niño.

Recibióle Pío IX con la mayor benevolencia y al oír de sus labios repetir exactamente las palabras que le había enseñado el Señor Rector, el padre Santo se sintió profundamente conmovido y abrazando tiernamente al niño, díjole que toda vez que por una triste necesidad se encontraba separado de sus padres, El, padre común de los fieles, le adoptaba desde aquella hora, encargándose de su educación y asegurando su porvenir. Luego le regaló una hermosa estatua de santa Inés, que todavía conserva Edgardo como un tesoro, y despidióle abrazándole de nuevo y bendiciéndole con toda la ternura y expansión de un padre.

Las bendiciones de Pío IX, desde aquel momento no abandonaron a Edgardo, y ellas le valieron el auxilio evidente de la divina Providencia y no sucumbir en la lucha terrible que le preparaba el infierno; valiéndose para ello de su propia familia.

Efectivamente, luego de llegar a Roma Edgardo y de haber sido fortalecido con las más expansivas bendiciones de Pío IX, arribaban a la misma Capital los padres del niño, apeándose en la puerta principal del Establecimiento de los Neófitos, pidiendo en altas voces se les permitiera ver y abrazar a su hijo.

Aun cuando el Sr. Sarra previera las consecuencias de ese encuentro, y el peligro al cual se exponía al niño, no quiso sin embargo rehusárseles, y les presentó a Edgardo en el recibidor del mismo establecimiento, asistiendo él mismo, previa la introducción de algunos guardias civiles para precaver cualquier incidente lamentable.

Se repitieron en aquella circunstancia las mismas escenas que en Bolonia: la madre deshecha de dolor y prorrumpiendo el padre en amenazas, jurando que a buen seguro volvería Edgardo a su familia.

Se detuvieron sus padres en Roma un mes entero, visitando todos los días al niño en casa del Sr. Rector, acompañados siempre del gran Rabino de la Sinagoga, echando mano de recursos y ardidés para vencer la constancia de Edgardo y usando de promesas muy halagüeñas para un niño, a que se decidiera a volver con ellos a su casa.

En su lugar diremos cuál fue la actitud del joven neófito frente a esas tentativas de sus padres, que no consiguieron absolutamente nada.

El Sr. Sarra no abandonó nunca al niño sólo con sus padres. Al concluir el mes de su llegada, los padres se despidieron del niño, volviendo la madre a Bolonia, pero quedándose el padre en los alrededores, espiando alguna ocasión propicia para lograr su intento.

Habiendo sido llevado Edgardo a la ciudad suburbana de Alatri para pasar algunos días en la familia de los Sres. Sarra, un día, regresando el niño del altar acompañando al sacerdote a quien ayudara en el Santo Sacrificio, se presentó su padre con ánimo de verificar un rapto en la persona de su hijo.

Grande fue el susto que experimentó el niño, pero muy presto acudió el mismo Sacerdote que era el Sr. D. Vicente Sarra, hermano del Sr. Rector, el cual dirigiendo al Sr. Mortara las más enérgicas observaciones, hizo que éste se alejara, para no aparecer ya más hasta el año 1870, época de la revancha, de la cual hablaremos en su lugar.

Mientras tanto, temiéndose alguna otra tentativa, el Excmo. Sr. Rodilossi, obispo de aquella Ciudad, recogió a Edgardo en su Palacio prodigándole en nombre de Pío IX todo género de finuras y atenciones.

Pero se acercaba el momento en que el angelical e imperturbable Pontífice de la Inmaculada secundaría la obra de la infinita misericordia de Dios, proporcionando a su protegido la educación católica en uno de los tantos Colegios de la Ciudad Eterna.

He aquí como intervino la divina Providencia para que Edgardo fuera encomendado por Pío IX a los Canónigos Regulares de San Agustín.

Las buenas hermanas del Sr. Sarra solían frecuentar la Basílica Eudoxiana de S. Pedro in Vinculis oficiada por los expresados Canónigos desde los tiempos de Julio II y llevaban consigo al pequeño Edgardo.

Asistiendo pues a la santa misa en aquella tan veneranda basílica y viendo aquel traje blanco como la nieve, llevado con tanta modestia por aquellos buenos religiosos y aquellos inocentes y candorosos jovencitos, quedó Edgardo profundamente impresionado y mostró un vivo deseo de entrar en aquel Colegio y vestir aquel mismo traje angelical. Tan pronto como Su Santidad se enteró del deseo del niño, dio orden para que se le colocara en aquel Colegio.

El día 8 de diciembre de 1858 (con 7 años) en el momento en que se daba el último toque para anunciar la misa solemne en honor de la Virgen

Inmaculada,, el hijo adoptivo, el protegido de Pío IX, subía la cuesta del monte Esquilmo, acompañado del Sr. Sarra, que le confiaba de parte de Su Santidad al Rvmo. P. Bardnagni, abad de San Pedro in Vinculis y Superior de la comunidad, quien lo recibió con el mayor cariño, encomendándole desde luego al Maestro o Prefecto de los Colegiales, entre los cuales tomaba asiento el joven Edgardo para dar principio a los estudios de latinidad.

El gran Pontífice (Pío IX) exclamaba: Todos los medios y recursos, la prensa y la diplomacia, todos los gobiernos del antiguo y nuevo Mundo se unieron y conjuraron para arrebatarme a mí, a Jesucristo y a su iglesia, el alma de este niño. Pero lo que hice en su favor y para salvar esta alma que ha costado la sangre de Dios, no lo siento, antes bien lo ratifico y confirmo y protestando contra esos vanos esfuerzos, notifico a todos que ni todas las bayonetas del mundo me obligaran a entregar a este niño a las garras de la Revolución y del demonio...

Todas las miras se volvían hacia Francia y se fijaban en el César de París. Inglaterra, nación protestante, se había pronunciado ya como era de esperar en un sentido nada favorable al papismo por conducto del famoso Palmerston, primer ministro del gobierno de la reina Victoria, a quien luego daban su voto y su pláceme todas las demás naciones protestantes.

En las demás regiones en donde dominaba el catolicismo, se formaron desde luego dos partidos, el uno de los católicos leales, defendiendo al Sumo Pontífice, y el otro de los librepensadores y enemigos de la iglesia y del Papado condenando a Pío IX y pidiendo en altas voces la introducción y el planteamiento de las deseadas reformas en los Estados Pontificios, pidiendo unánimemente las reformas deseadas y la supresión radical y definitiva del poder temporal de los Papas que, por conducto de Pío IX realizara, como ellos decían, el acto más despótico y bárbaro que presenciaba la humanidad de arrebatar a un niño inocente a sus padres, abandonando a sus desconsolados padres al más profundo duelo y hundiendo para siempre a su desdichada familia en la mayor miseria... Napoleón III, lejos de colocarse al lado de Pío IX y de la Iglesia, que aparentaba proteger (tenía un ejército en Roma), lejos de imponer silencio a las blasfemias de los impíos; siquiera interim se aclaraba la cuestión, desaprobó a priori la conducta del Papa, manifestando su interior resentimiento a uno de sus generales en los siguientes términos: ¿Cómo? ¿Mientras yo estoy protegiendo al Papa, este me viene con semejantes desatinos?...

En todas partes no se hablaba más que del niño Mortara, inmolado como se decía a la tiránica arbitrariedad de Pío IX, encarcelado, torturado, hecho un mártir a la gran satisfacción de aquel bárbaro que se reía y gozaba

al oír los suspiros y gemidos de sus desconsolados padres. Naturalmente el asunto se prestaba para emociones melodramáticas; representándolo en una pieza o zarzuela que hizo furor...

Este gran Pontífice en medio de asuntos de la mayor trascendencia, cargada su alma generosa con el gobierno de todas las Iglesias, todo lo aplaza, todo lo olvida para encargarse del porvenir de un pobre y desventurado niño que una candorosa doncella había hecho hijo de Dios, hermano de Jesucristo, heredero de la gloria eterna allá en un rincón de una familia israelita y que para salvar el alma de ese niño todo lo sufre, todo lo expone, todo lo sacrifica al furor, a la infernal saña de los enemigos de Dios, hasta sus propios Estados, viendo con este motivo arrastrada en el lodo de los Teatros y la Prensa librepensadora su dignidad de Vicario de Jesucristo, y hecho blanco, como su divino Prototipo, de los escarnios, de las befas y burlas y sangrientos sarcasmos del vil populacho, siervos de pésimos apóstatas y emperadores renegados, eso sí que coloca a Pío IX en las alturas que ningún grande de la tierra pudo ni podrá alcanzar, al lado de Aquel que tanto amó a los niños, afirmando que de ellos es el reino de los cielos y amenazando con los rayos de su divina cólera a los que intentaran perjudicarles en lo más mínimo.

EL JOVEN MORTARA

La educación que recibiera de sus padres fue israelítica en el sentido más amplio y acepción más estricta y rigurosa de la palabra.

El niño Edgardo nunca había oído hablar ni de Jesucristo, ni de la Iglesia, ni del Papa, ni de los cristianos, que nunca ponían pie en su casa, ni pasaban de la modesta Tienda de paños de cuyo comercio se mantenían sus padres y la familia. Apenas sabía que hubiese cristianos de los cuales no se hablaba nunca en casa, ni en bueno ni tampoco en mal sentido.

Además Edgardo, desde las primeras alboradas de su vida había aprendido de su madre, mujer en sus creencias sumamente piadosa, los primeros rudimentos de la religión mosaica, rezando con ella todos los días en el idioma hebreo las oraciones acostumbradas.

En la escuela israelita que frecuentaba Edgardo de muy buena hora, se le había iniciado en la historia del Mosaísmo y del talmud, en la lengua de la Palestina, en la cuál progresó lo bastante para poder leer en las sesiones públicas y oficiales de la Sinagoga en Bolonia, no teniendo más que cuatro

años y recibiendo por ese celo tan precoz muchos regalos en bombones y juguetes.

Resultaba pues de todos esos antecedentes pedagógicos en el ánimo del niño un sentimiento de repulsión y de odio hacia el cristianismo, al menos una adhesión sumamente intensa a la religión de sus padres, frente de la cual Jesucristo y la Iglesia y los cristianos eran realidades extrañas.

A pesar y, en contra de todos esos antecedentes mosaicos en el niño Mortara se mostraba su alma para decirlo con Tertuliano naturalmente cristiana o lo que es lo mismo cristiano por el instinto sobrenatural de la gracia.

Saliendo a veces con la doncella que le bautizara, aquella bendita criatura a quien podía mirar como su madre en Jesucristo, acertando a pasar con ella delante de una iglesia católica, al ver que Ana se descubría, Edgardo se quitaba respetuosamente su sombrerito, y si Ana entraba a veces en algún Templo católico, el niño muy de buena gana la seguía, y hasta a veces era el primero a pedírselo, aunque Ana por algún recelo o temor de que sus padres no se enteraran creía prudente y acertado no satisfacer su deseo.

Todavía recuerda Edgardo con deleitación, que encontrándose un día con su madre en una plaza de Bolonia, en el momento en que se verificaba la procesión solemne de San Petronio, Patrono de aquella ciudad, el niño manifestó un vivo e impaciente deseo de ver pasar la procesión cristiana, consintiéndolo su madre por no contrariarle, pero muy de prisa y a escape y tirándole de la mano, impelida ella por cierto escrúpulo interior, y por su parte esforzándose Edgardo por retener a su madre; lucha infantil que no tienen otra explicación sino es en lo que llamamos el sentido sobrenatural de la gracia.

No es extraño que el demonio, quién según enseña santo Tomás, juzga de los sentimientos internos de la gracia por los actos exteriores, coligiendo de esos antecedentes que el niño pertenecía a Jesucristo, quien pronto le reivindicaría para su Iglesia, no dejara de manifestar más de una vez su rabia y su encono.

Señalaremos dos hechos poniendo más en relieve el sentido sobrenatural de la gracia en el pequeño neófito.

Encontrándose una vez enfermo en casa de uno de sus tíos, vio aparecer en el umbral de la puerta de su cuarto un perro colosal, cuya

mirada satánica e infernalmente horrible arrancó del niño un grito agudísimo de espanto y terror, acudiendo desde luego los de casa, quienes enterados de lo que ocurría y por más que buscaran, nunca pudieron dar con ese formidable mastín, cuyo recuerdo le llena todavía de espanto y es para él inolvidable.

Otra vez, poco antes de ejecutarse las órdenes soberanas de separación, habiendo tenido que salir de su aposento para dirigirse a otra parte de la casa, oyó, no sabe Edgardo cómo, ni de donde, un grito que nada tenía de humano, tan desconsolador, lúgubre y espantoso, revelando un desborde de encono y de rabia satánica, que el niño asustado principió a dar voces pidiendo socorro y echándose apresuradamente en los brazos de su madre que se encontraba en casa y había acudido con otros de la familia, a cuyas preguntas no supo contestar el niño de otro modo que llorando y sollozando.

¿Cómo explicar, sino bajo la influencia de ese mismo sentido sobrenatural, aquella constante y firme imperturbabilidad de un niño que en el momento más candente de aquella tan trágica y dolorosa separación de sus padres, no se lamenta, ni llora, ni opone la menor resistencia, que si al alejarse de su casa vierte algunas lágrimas y llama a su madre, bien presto algunas buenas palabras y promesas le calman por completo y ya no llora ni pregunta más por su familia?

¿Cómo se comprende en un niño de siete años, educado con el mayor esmero en la religión mosaica, completamente antitética a la católica, aquella docilidad y buena voluntad con la que se presta a recibir de aquellas dos buenas señoras que viajaban con él los primeros rudimentos de la fe, aprendiendo gustoso las elementales oraciones, el padre nuestro y el Ave María, penetrando por primera vez en su joven corazón los nombres dulcísimos de Jesús y María, y recibiendo con alegría el escapulario del Carmen, que desde entonces no abandonará nunca, continuándose así aquella maternidad sobrenatural cuyos primeros albores despuntaron en el alma de aquella bendita doncella que regeneró su alma con el santo Bautismo?

Desde aquellos afortunados momentos Edgardo es cristiano, y lo es como si tal hubiese nacido adhiriéndose con toda la fuerza de la que es capaz su alma, al seno materno de la Iglesia, su madre adoptiva, deseando entrar en las iglesias católicas, rezando con la Iglesia, y principiando ya a rogar por sus padres, hacia los cuales conserva y conservará siempre el más filial y tierno cariño.

Pero hay más. Esa misma omnipotencia de la gracia que obraba tan eficazmente en el alma de Edgardo, había de ponerse de manifiesto y triunfar en circunstancias las más críticas y azarosas para la fe todavía incipiente del joven neófito.

Hele ahí al lado de su padre y de su desconsolada madre que llegan los dos a cuál más decididos a volver a su casa con Edgardo, el primero prorrumpiendo en gritos y amenazas, la segunda sucumbiendo a la fuerza abrumadora del dolor a los pies del imperturbable niño, que no exhala una queja, no vierte una lágrima y lejos, muy lejos de mostrar el más leve deseo de volver con sus tan afligidos padres, siquiera fuera para aliviar algún tanto tan profundo dolor, antes al contrario se estremece y tiembla, acogiéndose al Sr. Rector D. Enrique Sarra para que le otorgue su protección.

Todavía más. Durante dos meses enteros, todos los días sin faltar, los padres del niño van a visitarle en casa del expresado Sr. Director, le instan, le suplican, le ruegan que vuelva a su familia, a abrazar a sus afligidos hermanos inconsolables mientras no le vuelvan a ver. Su madre, la pobre y descorazonada madre, hablando más con sollozos y abundantes lágrimas que con palabras, abrazándole y estrechándole contra su desgarrado corazón, los dos haciéndole mil promesas muy adecuadas para conquistar a un niño, y vencer su constancia, que le darían muchos regalos, un reloj de oro, usando, en una palabra, de todos los recursos, ardidés y estratagemas que la naturaleza puede insinuar en análogas circunstancias, buscando con aquella destreza que tan sólo un padre y una amantísima madre poseen para penetrar en el corazón del hijo de su alma; y el niño, inflexible, imperturbable y verdaderamente inexorable a toda esa estrategia artera y formidable de la naturaleza, a los golpes irresistibles del amor materno, a las lágrimas desechas, a los suspiros y a los sollozos de una madre escudándose bajo la égida invulnerable de la gracia, no opone más que un arma, no formula más que una protesta, no contesta más que una palabra, la de los Apóstoles, de los Confesores y los primeros Mártires: “Soy cristiano, si queréis que vaya con vosotros, no hay más que un medio: convertiros vosotros también”.

Un día, el joven neófito habló a su madre con tanto convencimiento mezclado con filial expansión y ternura de los misterios augustos de la Religión Católica, de la Sma. Virgen y del santo escapulario, que conmovida y enternecida, la madre, deshaciéndose en lágrimas, dijo: “Yo también, yo también quiero ese escapulario de la Virgen”.

Tan pronto como su padre se apercibió de lo que ocurría, la cogió por un brazo a la señora y se separó bruscamente del niño.

Desde aquel día memorable en que la aurora de la divina gracia brillara en el alma desconsolada de la candorosa y sencilla pero elocuente palabra de un niño, sus padres no aparecieron ya, y el niño no debía volver a verlos sino dentro de muchos años.

El infierno sucumbía en la primera lucha que libraban en aquel tierno corazón de un niño de siete años el amor y cariño natural y el poder de la gracia, resultando de ello por parte del niño un desprendimiento y despego total y absoluto de sus padres y su familia, y una adhesión tan firme y enérgica al materno regazo de la Iglesia católica que le adoptara por conducto del gran Pontífice Pío IX, que con el más profundo horror vislumbraba de lejos la posibilidad de una tentativa de raptó o secuestro violenta.

En una palabra, tan lejos estaba el joven neófito de querer volver a su familia que con un sentimiento del más profundo horror se estremecía delante de la más lejana perspectiva de la posibilidad de semejante revancha.

Explique ahora el naturalismo moderno de un modo satisfactorio los fenómenos de la gracia que acabamos de señalar, explique cómo a pesar de la más esmerada educación se haya verificado en una existencia incipiente una metamorfosis tan extraordinaria, y deje por consiguiente de hacerse cómplice de la impiedad y de las sectas masónicas, repitiendo hasta la saciedad que Pío IX había cometido el más horroroso atropello, conculcando los derechos más sagrados de la naturaleza, arrebatando y arrancando un niño a sus padres, obligándole a pesar suyo a renegar de la Sinagoga para profesar forzosa e inconscientemente el Catolicismo.

A la innoble calumnia que hartas veces repitió la prensa descreída de que Edgardo quedaba encerrado en una cárcel por orden de Pío IX, expuesto a los más bárbaros tratamientos, contestaremos luego en su lugar y haremos justicia relatando exactamente los hechos. Volvamos ahora a la familia del niño, apuntando sus relaciones con ella.

RELACIÓN CON SUS PADRES Y HERMANOS

Ese admirable movimiento interior de la gracia, que obraba en el joven neófito, y que llamamos instinto sobrenatural no se oponía sin

embargo a los sentimientos legítimos del amor filial, proporcionándole al contrario sólido fundamento y abundante pábulo toda vez que, consistiendo el verdadero amor en desear a la persona amada su verdadero bien, Edgardo principió desde luego a rogar por sus padres y hermanos, pidiendo a Dios por el poderosísimo valimiento de la Virgen Inmaculada, a quien quería como a su madre, les librara de las tinieblas y sombras de la muerte y quitándoles el velo que les ocultaba la verdad en su corazón los condujera suavemente al reino de su Hijo, a gozar de la admirable luz que atesora la Iglesia su Santa Esposa, para que ellos también conocieran al solo verdadero Dios y a su Enviado Jesucristo, Señor nuestro. Este era el voto y acendrado deseo que desde las primeras alboradas de la fe, ofrecía a Dios el joven Mortara, confiando en la infinita misericordia del Divino Redentor, y en las fervorosas oraciones de los que, interesándose en su posición, unían sus votos a los suyos y sus oraciones a las inocentes plegarias del joven Apóstol.

Habiendo ya transcurrido algún tiempo desde la última entrevista del niño con sus padres, que habían vuelto a su casa de Bolonia, fue desde luego el primer pensamiento de los Directores del Colegio de S. Pietro in Vincolis y el vivo deseo de Edgardo, el testificar a su familia su filial y fraternal cariño, aprovechando esta ocasión para manifestarle la dicha que experimentaba en el regazo de su madre adoptiva la Iglesia católica, y la viva impaciencia con la que aguardaba el día dichoso en que pudiese ver a sus amadísimos padres y hermanos abrazar la verdadera religión, y reconocer y confesar a Jesucristo, Hijo de Dios verdadero.

Naturalmente la edad todavía tan tierna de Edgardo no consentía el que sus cartas fuesen exclusivamente obra suya. Los Superiores intervenían y las redactaban interpretando fiel y exactamente los sentimientos y deseos del joven Colegial y como su familia no podía menos de hacerse cargo de esta circunstancia, y mirando aquellas cartas como obra ajena, confundiendo la forma con el fondo, dejaban pasar sin darles ninguna contestación.

Él ya no contaba con ninguna contestación de parte de la familia, y se decidió a suspender una correspondencia tan infructuosa, cuando el día 7 de Mayo de 1867, en el mes de María. Edgardo, entonces ya novicio de la Orden de los Canónigos Regulares de S. Agustín, recibió una carta inesperada de su padre, quien la encabezaba con las siguientes palabras:

“Mi queridísimo Edgardo”:

Tú no habrás pensado que tus padres y tu familia te hayan olvidado. Si hasta ahora no te hemos escrito, fue porque tus cartas no llevaban de tuyo más que el nombre, siendo lo demás obra de mano extraña.

Pero ahora que ya has llegado a cierta edad de madurez, podremos escribirnos sin que medie ningún género de censura (en italiano algo afrancesado, “senza nessun controllo”).

No es posible describir la profunda satisfacción que experimentó el ahora D. Pío al recibir la citada carta, a la que se apresuró a contestar en la menor brevedad y con toda efusión de un cariño tierno y filial, y desde entonces se entabló entre él y su familia una correspondencia mensual, y a menudo bimensual que había de durar tres años seguidos, en la cual las relaciones domésticas y familiares se restablecieron por completo, aprovechando D. Pío todas las ocasiones, en particular la de la enfermedad o la muerte de sus parientes para testificar a sus padres y familia su adhesión y filial aprecio, agotando todos los términos y expresiones de afecto y prefiriendo excederse o exagerar que no concretarse a ciertos límites de concisión y laconismo que pudieran dar lugar a malas interpretaciones, dándoles más de una prueba de la veracidad y sinceridad de sus sentimientos.

Una fue cuando después de muchas y repetidas instancias les envió su retrato (rara excepción a la regla concedida por los Superiores en vista de las circunstancias especiales de la familia), encargando una visita para su familia a los Religiosos que de Roma se trasladaban a Florencia o a Turín, recibiendo con sumo agrado la visita de su tío, el Sr. Moscato, que fue a ver y a abrazar a D. Pío de parte de su familia; en una palabra no dejando lugar a la menor duda ni a la más leve sospecha en punto al cariño que todo buen hijo ha de profesar a sus padres, y proporcionando de antemano los datos necesarios para desmentir las calumnias que más tarde habían de forjar los enemigos del Papado que deseaban la revancha.

Edgardo había ingresado en la Orden canonical de S. Agustín, y desde el 17 de noviembre de 1867 había emitido su Profesión simple, no teniendo más que 16 años, acompañado de las bendiciones especiales de Pío IX, que aprobó su resolución, y la confirmó cambiando su nombre de Edgardo en el de “Pío María”, y repitiendo con satisfacción: “Bien por el P. Pío María Mortara, bien por el P. Pío María Mortara”.

Sin embargo, los padres de D. Pío ignoraban por completo lo acontecido, y en vista de leyes recientes tan favorables a los derechos paternos, aunque perjudiciales a la libertad personal y al derecho divino, era

de toda urgencia, alcanzar la venia retrospectiva de la patria potestad confirmando y sancionando la determinación tomada por Edgardo de consagrarse enteramente a Dios.

Era necesario conseguir antes el permiso para abordar el asunto. D. Pío lo pidió a su padre, quien después de enterarse bien que no se trataba de discutir, sino tan sólo de manifestar un secreto, D. Pío puso a sus padres al corriente de la cualidad y naturaleza del estado que acababa de abrazar, añadiendo en términos claros para ellos, que había tomado estado, lo mismo que lo toman los que se colocan en honesto matrimonio y que esta determinación había obedecido a un movimiento reflexionado y libre de su voluntad sin que mediase ningún género de presión o coacción, y que aún cuando por esta libre elección había renunciado a todos los bienes materiales, consagrándose enteramente a Dios, esto no estorbaba el que como buen hijo amase con toda su alma a sus queridos padres y familia, y se interesase de su verdadera felicidad.

A todo lo cual contestaron los padres que:

“Si esta era su voluntad y si libérrimamente lo había hecho, nada tenían que objetar, y quedaban completamente satisfechos”

CONQUISTA DE ROMA Y SUS PROBLEMAS

El 20 de septiembre de 1870 el cañón retumbaba desde las 5 de la mañana en Roma. A las 10 en punto, la bandera blanca del Pontífice, quien como el Cordero de Dios iba a ser entregado a las garras de los lobos invasores y en cuyo corazón tan magnánimo y bondadoso no podía consentir ya que los esforzados héroes que le defendían derramasen su sangre y muriesen por él, la bandera blanca flotando sobre la cumbre del Vaticano puso fin al combate, no sucumbiendo por esto a la fuerza del derecho de la fuerza y a la brutal teoría del hecho consumado.

Al inaugurarse el armisticio penetraban por la brecha abierta de Porta Pía, en adelante profanada con el lúgubre nombre de Puerta del 20 septiembre.

No nos detendremos en reseñar los deplorables acontecimientos referentes a los tres días de completa Anarquía, que más bien llamaríamos innobles y vergonzantes orgías a las cuales dio impulso la entrada de los italianos en la eterna ciudad.

Tan solo consignaremos como relacionado con nuestro asunto, que entre los feroces gritos de los sectarios y revolucionarios, que cual enjambre

de fieras invadieron la ciudad de los Papas, sobresalió uno, cual eco fiel de la impiedad que como revancha reclamaba: “El niño Mortara. Vamos a San Pedro in Vinculis” gritaban los endemoniados masones, a sacar al niño Mortara para devolvérselo a sus infelices padres, y por cierto que no fue sino un rasgo de especial Providencia el que desde luego la amotinada turba no realizara su sacrílego intento.

El bondadoso Pío IX (¿quién lo diría?) cuyo dolor a la vista de tantos crímenes como se cometían en aquellos aciagos días, igualaba si no superaba la grandeza y magnanimidad de su alma, en medio de tan horribles pruebas y de tantos cuidados que se agolpaban en su atormentado corazón, no olvidaba a D. Pío; el gran Pontífice del Sillabus, de la Inmaculada y del Concilio Vaticano, como toda verdadera grandeza infinita hacía lo más pequeño y humilde, el gran Pío IX seguía siendo el Pontífice del niño Mortara; y entreteniéndose con sus Prelados domésticos y los cardenales que iban a consolarle, preguntaba con ansia: “¿No ha salido todavía Mortara de Roma?”.

Efectivamente sus Venerables Superiores temerosos de que algún triste episodio no viniese a realizarse en la persona de D. Pío, desde la memorable fecha de la ocupación, venían pensando en alejarle de Roma y de Italia enviándole al extranjero, y el Rmo. P. Passeri, General de la Orden había conferenciado sobre el particular con Su Eminencia el Card. Antonello, Secretario de Estado de Su Santidad.

A mediados de Octubre de 1870 se presentó en S. Pedro in Vinculis el señor Salomón Levi Mortara acompañado de su hijo Amoldo, quien manifestó el vivo deseo de visitar a su hijo Edgardo. La alegría que aquella repentina e inesperada visita causaba a D. Pío era inseparable de cierta preocupación y de algún triste presentimiento que compartían con él sus Superiores.

Acompañado del R.P. Luis Santini, Maestro de los Profesos bajo cuya dirección D. Pío venía formándose al espíritu religioso y a las ciencias, se presentó éste a su padre, quien le recibió con cariño evidente, pero con cierta reserva que D. Pío no podía menos de extrañar, siendo de notar también que su hermano Amoldo olvidaba darle el abrazo fraternal, verificándolo tan sólo a la indicación del padre.

Después de una larga conversación en la cual mediaron naturalmente noticias familiares, y recíprocas manifestaciones de afecto, se separaron padre e hijo en los términos más cariñosos, reiterando el Sr. Mortara a su hijo D. Pío instancia de que se personase en el Hotel en el cual se hospedaba

para pasar el día con él, comer en familia y disfrutar mutuamente en las recíprocas relaciones de la paterna y filial expansión bajo la cláusula del debido permiso de sus Superiores, que por supuesto estuvieron muy lejos de consentirlo, presintiendo las trágicas consecuencias de una visita en el Hotel, en tan críticas circunstancias políticas, y entre personas extrañas y tal vez enemigas y mal intencionadas, y Don Pío se apresuró a escribir a su padre una muy atenta carta, suplicando no llevase a mal el que por razones de prudencia, que fácilmente adivinaría, no podía personarse en su hotel para devolverle la visita.

A los pocos días el Señor Mortara volvía a visitar a D. Pío en compañía de su hermano Amoldo y después de entretenerse un rato con él le manifestó su determinación de salir de Roma para volver a Florencia.

Grande fue la sorpresa de D. Pío, pues en la primera entrevista le manifestaba el proyecto de prolongar su estancia en Roma, y como ya de antemano reuniese D. Pío con el permiso de sus Superiores algunos recuerdos para su amadísima madre y querida familia, se apresuró a entregárselos, encargándole al mismo tiempo los recuerdos más cordiales y cariñosos para todos.

A punto de dar el último abrazo, D. Pío tuvo la graciosa y fina idea de encargarle otro abrazo muy filial y cariñoso para su madre querida, añadiendo con mucha ingenuidad: “Este abrazo se lo doy a Ud. para que lo devuelva a mi amada madre”.

Lo recibió su padre con alguna perplejidad y con una sonrisa, algo ambigua, que D. Pío extrañó en aquel momento, pero cuya significación no tardaría en comprender.

Al día siguiente de la despedida, uno de los padres canónigos anunciaba a D. Pío que acababa de ver a su padre de paseo por la ciudad, y que algunos de los periódicos antipapalinos y republicanos publicaban en letras de molde el siguiente suelto: “Ha llegado a esta capital el padre del célebre niño Mortara con el objeto de reclamar a su hijo Edgardo a quien bárbaramente le arrebatara el Papa, espera conseguirlo acudiendo al Gobierno de S. Majestad Víctor Emmanuel”.

Repuesto de aquel primero y súbito sobresalto, su primer pensamiento fue acudir a la oración, confiando en la divina Providencia.

El 18 de Octubre de 1870 por la tarde se entretenía D. Pío en un rato de tiempo libre que consentía la Regla, arreglando en su bendita celda un

retrato de su angelical Protector Pío IX, colocándolo en un cuadrito y escribiendo en el dorso las siguientes gráficas palabras: retrato de mi padre y Protector en Cristo, Pío IX, a quien después de Dios debo agradecer todo lo que soy por la gracia de Dios. S. Pedro in Vinculis, 18 octubre 1870.

Apenas concluía D. Pío la última palabra, cuando se presentó en su celda el Rvmo. P. Santini, su Maestro y Director, quien le anunciaba una visita del “Prefetto della Questura”, o sea el jefe de policía, quien deseaba hablar a solas con D. Pío y tratar con él un asunto de la mayor trascendencia.

Mientras el P. Santini se entretenía en el vestíbulo de la Sala o Recibidor con otro señor que acompañaba al Señor Berti, se entabló entre éste y D. Pío el siguiente diálogo:

Sr. Berti: Tengo que comunicar a Ud. que su señor padre ha acudido, bañado en lágrimas, a las autoridades políticas con el objeto de que se induzca a Ud. a visitar a su familia.

D. Pío: Permítame Ud. Sr. Jefe hacer presente a Ud. mi extrañeza al ver que se exige de mí una visita a mi familia, cuando cabalmente mi señor padre acaba de visitarme en los términos de la mayor expansión.

Sr. Berti: Es una compensación y satisfacción que exige de Ud. la opinión pública, que nunca cesó de protestar contra los horribles atropellos cometidos por el Papa, hace doce años, en perjuicio de la patria potestad.

D. Pío: Pero, ¿qué satisfacción más se quiere de mí, dado que haya lugar a ella, una vez que mi padre me ha visitado, que hemos conversado en los términos los más expansivos y cariñosos, separándonos después de entregarle yo varios regalos como testimonio de mi cariño que profeso a toda mi familia y en particular a mis amados padres?

Sr. Berti: Repito que se exige de Ud. una visita a su familia. De otro modo no quedará satisfecha la opinión pública.

D. Pío: Yo no tengo que ocuparme de la opinión pública toda vez que estando bien con la familia en nada me remuerde la conciencia, ni puede la opinión pública exigir de mí satisfacción ninguna.

Sr. Berti: Vuelvo a decir a Ud. que por su bien y de la Comunidad a la cual pertenece, tiene Ud. que hacer esta visita.

- D. Pío: señor Jefe, tengo el sentimiento de notificar a Ud. que por muchas y poderosísimas razones que excuso señalar a Ud., estoy decidido a no poner el pie en mi familia. La visita que me ha hecho mi señor padre es pública y notoria, y público y notorio es que hemos quedado en los términos de un verdadero cariño; luego no hay lugar a tal visita, ni yo la haré.

El Sr. Berti volvió a repetir lo mismo en tono abiertamente amenazador, y levantándose se despidió de D. Pío, quien saludó al dicho señor, quedando interiormente con la suave y apacible serenidad y calma que proporciona el cumplimiento de un deber.

Desde luego, enterados el R. P. Santini y los Superiores de lo que ocurría y viendo en esa presión oficial y absolutamente arbitraria un gran peligro para la seguridad personal del joven, cuya alma, iba a encontrarse tal vez en los más terribles compromisos, resolvieron y acordaron que el mismo D. Pío se dirigiese directamente al General Lamarmora, entonces Lugarteniente del Rey Víctor Emmanuel en Roma, en demanda de protección y auxilio contra las temibles vejaciones, a las cuales se iba a ver expuesto.

El General Lamarmora, muy célebre y conocido por sus campañas militares y su marcial denuedo, uno de los más ardientes partidarios y corifeos de la unidad italiana que él mirara siempre como el más bello ideal de su patria, era a pesar de todo persona de honradez y virtudes, no admitiendo el poder temporal como inconciliable en su criterio con la codiciada unidad nacional, en fin un italiano moderado y el único personaje, que en aquella aciaga época de revueltas políticas pudiese presentarse como tolerable al lado del Pontífice, tan injusta y bárbaramente destronado, que apelaba del tribunal de los hombres al de Dios, testigo el mundo católico que enmudecía y se resignaba ante la brutalidad de los hechos consumados, ante la tiranía del derecho de la fuerza, esperando que la fuerza del derecho divino viniese a aplastar a los infames y desleales invasores.

Ese era el hombre cuya moderación había de ser para D. Pío una garantía en tan críticas circunstancias. Se redactó una solicitud que firmó el mismo D. Pío, remitiéndosela desde luego al General por la tramitación oficial.

Al día siguiente, D. Pío, acompañado del R.P. José Mariani, de su misma Orden, religioso muy respetable, reconocido tanto por su ciencia como por sus virtudes, y sumamente a propósito por su carácter intrépido y decidido para dirigir, sostener y animar al inexperto joven profeso, se

presentaba en el Palacio de la Consulta, al presente de la Lugartenencia, y solicitaba desde luego la audiencia suplicada de antemano.

No se hizo esperar mucho el General Lamarmora, quien después de saludar a los dos religiosos, y enterarse de viva palabra de lo que ocurría, y oyendo que D. Pío manifestaba fundados temores y recelos en vista de arbitrariedades y vejaciones por parte de los que querían obligarle a volver a su familia, interrumpióle con esta pregunta:

Pero, ¿qué edad tiene Ud.?

Estoy, contestó D. Pío, en mis veinte años.

Pues entonces, repuso el general, es Ud. libre.

¿Quiere Ud. ir a su casa?

No, señor, contestó D. Pío, ni quiero, ni debo, ni puedo, y además ¿para qué? ¿Qué es lo que se quiere de mí? ¿Una visita? Mi padre acaba de visitarme, y nos hemos despedido en los términos más expresivos y cariñosos. ¿Una satisfacción? Yo no tengo que dársela al público, a quien no he faltado en nada, y que nada puede exigir de mí. Si se pretende una desautorización personal y retrospectiva de lo que hizo Pío IX hace 12 años, como una codiciada revancha, si se pretende que vuelva a mi familia para apostatar de mi fe y de abandonar el santo estado que acabo de abrazar, protesto mil veces, y repito, que no iré, no quiero, no debo, no puedo.

Pero Ud. es libre, repuso el General, y nadie puede obligarle a Ud. si Ud. no quiere.

Señor General, contestó D. Pío, la prensa me amenaza con el empleo de la fuerza y violencia.

No tenga Ud. cuidado, repuso el General, yo daré orden que nadie le moleste a Ud. y le tomo a Ud. bajo mi protección y con estas palabras salió de la sala despidiendo con modales muy amables a los dos suplicantes.

Mientras tanto, la prensa liberal y antipapista metía los gritos en el cielo, pidiendo disposiciones y medidas enérgicas.

En San Pedro in Vinculis nada se ignoraba, y entre otras noticias que llegaban diariamente a los oídos de los padres, sobresalía la de que la Policía italiana espiaba todos los pasos de D. Pío y de sus venerables Superiores, enviando todas las noches un piquete de soldados de guardia civil para oponerse a toda tentativa de evasión.

Así las cosas, el único medio de seguridad que se ofrecía e imponía era la fuga, frustrando la vigilancia de los guardias y este fue cabalmente el acuerdo que tomaron los Superiores, confiando la realización del proyecto a la reconocida habilidad del arriba mencionado R.P. José Mariani, quien fue encargado de acompañar a D. Pío en su emigración al Tirol austríaco.

A las 10 de la noche inmediata al día 22 de octubre de 1870, el P. Mariano y D. Pío disfrazados los dos de seglar, se despedían de los padres y hermanos de San Pedro in Vinculis.

D. Pío, apenas pudiendo contener las lágrimas, se arrodillaba a los pies del Rvmo. P. General D. Alberto Passeri, del Rvmo. P.D. Agustín Barduagni, y de su amadísimo Maestro y Director espiritual D. Luis Santini, quienes los ojos bañados en lágrimas prodigaban las más expansivas bendiciones al joven viajante.

Después de saludar a Su Divina Majestad en el Sagrado Tabernáculo, los dos viajantes armándose de la señal del cristiano y encomendándose fervorosamente a S. Pedro, a S. Agustín y a Sta. Inés, pasando por la huerta de la casa canónica se dirigían directamente a la estación del ferrocarril central (Piazza de Termini) para embarcarse en el tren fronterizo que salía a las once de la noche.

Una vez en la estación, el P. Mariani, encargando a D. Pío guardase en su ademán y porte exterior cierta desenvoltura que cortase el camino a toda sospecha, fue sin parar a llevar a cabo los requisitos acostumbrados para la salida, esperando D. Pío la vuelta del padre.

Vuelve éste al poco rato, y con su acostumbrada imperturbabilidad, la sonrisa en los labios:

“Sabes, dijo a D. Pío, acabo de ver aquí mismo a tu padre. Ánimo, estás conmigo y no temas. Ponte tus gafas negras, y toma este cigarro y aunque no lo enciendas, ni fumes, tenlo en la boca”.

No sé cómo ni de qué modo, a pesar de no ofrecer aquella Estación, todavía provisional, muy extensos espacios, ni D. Pío vio a su padre, ni éste le encontró, mediando visiblemente la divina Providencia que no abandona a los que en ella esperan y confían.

Los dos viajantes no habían agotado todavía los apuros de la salida. Al llegar a Foligno, cerca de medianoche, se apearon en la Fonda de la Estación con el objeto de rehacerse y tomar algún alimento.

Frente a la mesita en la cual se sentaron, estaban conversando y bebiendo cerveza dos individuos cuyo aspecto descompuesto y mirada alborotada, ademanes violentos y agitados no acusaban las mejores notas de carácter ni de profesión. Serían dos reñidos y rencorosos anticlericales o antipapistas, o como se decía entonces clerófobos y buzzurri. (En jerga piamontesa significa tanto como “granuja”).

Haciéndose cargo los padres de la materia de su conversación, oyeron claramente estas palabras que para D. Pío fueron el estallido de raya:

“¿Sabes lo que pasa? -decía el uno al otro- El padre del célebre niño Mortara está en Roma gestionando activamente para conseguir de las autoridades el que obliguen a su hijo a volver a su casa, y sabes, parece que el joven ha emigrado al extranjero, burlándose de toda vigilancia de la policía, que anda en busca de él. Parece ser que esta malograda evasión es obra de los jesuitas!

De Foligno a Bolonia, Ancona y Padua siguieron los dos viajeros su derrotero sin que ocurriera otra novedad; pasando en todas partes completamente desapercibidos.

Al llegar a Aola, primera estación del Tirol austríaco, levantando D. Pío sus manos y ojos al cielo, mientras una ráfaga luminosa de súbita alegría recorría su rostro, exclamó: “Bendito sea Dios, ya estoy fuera de peligro”.

La divina Providencia había preparado de antemano y sembrado de rosas ese camino de la emigración. El Señor D. Juan Crisóstomo Mitterutzner, Canónigo Regular de Letrán del Monasterio de Neustift, cerca de Brixen en el Tirol austríaco, había cursado en Roma los estudios teológicos, recibiendo el grado de Doctor.

A este distinguido teólogo, sabio erudito, y respetable y digno religioso, confiaba el P. Mariani a su querido Tobías, por encargo y de parte de sus Superiores.

A los pocos días salió para Roma el R.P. Mariani, encomendando a D. Pío a los paternos y finos desvelos del P. Mitterutzner, quien desde entonces lo adoptó como a su hijo en Jesucristo, profesando hacia él el más expansivo cariño que nunca se desmintió.

Mientras tanto los impíos y enemigos del Papado, frustrados en sus criminales intentos, echando mano de la prensa libre-pensadora vertían toda

la hiel y el veneno de su satánica saña contra la Iglesia, el Papa y las Órdenes religiosas que inocularan en el ánimo del tráfuga principios, como ellos decían, tan opuestos a los sentimientos más legítimos de la naturaleza, sacando de nuevo a relucir todas las mentiras y calumnias de antaño.

D. Pío tomó la pluma para defender la Iglesia y a su santo protector Pío IX, redactando una protesta que publicaron los periódicos católicos, tanto de Italia, como de Francia y Bélgica, ignorándose por completo el paradero del joven emigrado.

Encerrado en el más riguroso incógnito, tomando el nombre de Paolo Mazzarelli, se dedicó D. Pío al estudio de la sagrada Teología que le enseñó el Sr. D. Francisco Bole, del hebreo que aprendió del distinguido hebreófilo Sr. Babe, y del alemán y otros idiomas en los cuales le inició su queridísimo protector y su hermano de religión el Sr. Mitterrautzner.

El 31 de diciembre de 1871, pronunció los Votos Solemnes en las manos del Rvmo. Sr. Abad de Neustift, delegado por el Rvmo. P. Abad General de la Orden D. Passeri, siguiendo luego los estudios de las ciencias Sagradas en las cuales sufrió las acostumbradas pruebas en presencia del eminente teólogo y esclarecido doctor, el Exmo. Sr. Gasser, Obispo de Brixen, tan conocido por su ciencia y virtud en Austria y en Roma, quien honraba con especial cariño al protegido de Pío IX.

Los años 1872-73 los dedicó D. Pío a la continuación de los estudios teológicos en los cuales fue dirigido con su compañero A. Donzella por el expresado R.P. Mariani, sufriendo luego los exámenes exigidos para los grados bajo la presidencia del Ilmo. Señor Pie, formando el tribunal el R.P. Schrader y otros padres de la Compañía de Jesús que dirigían la Facultad teológica establecida en Poitiers por el mismo señor obispo.

En los mismos años recibió D. Pío de manos del Ilmo. Señor las Órdenes menores y mayores, y el 20 de Diciembre de 1873, merced a una dispensa de edad de veinte meses concedida por Pío IX, recibió del mismo expresado Señor obispo el Orden Sacerdotal, siendo honrado a los pocos días, por conducto de S.E. el Nuncio de Su Santidad Pío IX, con un Breve del Sumo Pontífice, que no podemos menos de transcribir y traducir, pues lo consideramos como la última mano puesta a la obra de la divina bondad y el colmo que el inmortal Pontífice puso a las precedentes gracias y favores: He aquí la traducción literal del mencionado Breve:

Al muy amado hijo Pío María Mortara, Canónigo Regular de Letrán en Nuestra Señora de Beauchéne (Deux Sevrés - Francia) Ceryzay. Pío IX, Papa. Amado hijo, Salud y Bendición apostólica.

Nos alegramos, muy amado hijo, de que se hayan en fin cumplido tus deseos que son también los nuestros, y que habiendo ya sido llamado a seguir de más cerca los pasos de Cristo en la familia religiosa, hayas sido destinado también al Sacerdotal ministerio. Ahora pues ya es tiempo que, según lo dispongan y ordenen tus Superiores, contribuyas a defender, consolidar y difundir su Reino, y atender en la medida de tus fuerzas y según las circunstancias a la salud de los prójimos.

No dudamos, por lo demás, que la caridad que haya sido derramada con abundancia en tu corazón, cuando por primera vez ofreciste la divina hostia y que ha de ser aumentada por Aquel que es la misma fuente de la caridad, y a quien tú recibes todos los días, ni tampoco dudamos de que te hayas acordado y te acuerdes de nosotros cuantas veces ofrezcas el Santo Sacrificio.

Te felicitamos pues, y te deseamos aumento en virtud y en gracias todos los días, y mientras tanto, cual prenda de los celestiales favores y prueba de Nuestra Paternal benevolencia hacia tí, con el mayor cariño te damos la apostólica bendición. Dado en Roma, en S. Pedro, el día 5 de Febrero de 1874, de nuestro Pontificado el año 28°.- Pío IX, Papa.

El 7 de febrero de 1877 D. Pío lloró con el Orbe católico la pérdida de aquel gran Pontífice a quien reverenciaba y amaba como a su padre, y su dolor sumamente profundo hubiese sido inconsolable si no tuviese la íntima convicción de que el gran Papa, a quien Malaquías llamó “Crux de Cruce”, había volado como la blanca paloma hacia las celestiales alturas para recoger la palma y la bella corona de rosas que como mártir invencible mereciera en los reales de Jesucristo y de su Iglesia que tan sabia y santamente regió durante cerca de treinta y dos años.

El mismo año, con objeto de proporcionar algún alivio a sus dolencias físicas, los Superiores trasladaron a D. Pío a la residencia de Mattaincourt en los Vosgos (Francia), en donde se dedicó a la predicación, a pesar de la enfermedad que le aquejaba.

En octubre de 1880, la aplicación del famoso artículo 7 de la ley de Terry tuvo por consecuencia la expulsión violenta de los Canónigos Regulares extranjeros residentes en Francia, y D. Pío, entonces residente en Marsella para tomar baños de mar recetados por los Facultativos, se

encontró en la más crítica situación, atendido su nombre tan odioso a los enemigos de la Iglesia, su cualidad de extranjera, y la imposibilidad de trasladarse a tierras lejanas.

En tan dolorosa circunstancias, oculto bajo el más riguroso incógnito, fue recogido y hospedado por las excelentes y distinguidas señoras Marcorelles, a quienes conociera en Roma.

Pero la nobleza de ánimo, el desprendimiento y el espíritu de cristiana abnegación que mostraron las excelentes señoras en la violenta crisis en la cual entró la neurosis de la que adolecía D. Pío, obligándole a guardar cama durante 58 días, no tomando casi ningún alimento, y entregado a una terrible excitación nerviosa, se sobreponen a todo encomio, y D. Pío no acierta a encarecerlo ni a agradecerse lo bastante. Una madre y hermanas amantísimas no hubieran hecho más.

Mientras tanto, por indicación e iniciativa del Emo. Señor Simeoni, Secretario de Estado de S.S. León XIII, el Exmo. Señor Catalá y Albosa, obispo de Cádiz recibía en su diócesis enviados por el Rvmo. P. General Santini, a los RR. PP. Barsotti y Donzella, instalándose en San Fernando o Isla de León, merced a la cooperación de las excelentes y distinguidas señoras de Landa.

Cuatro años permaneció D. Pío en Andalucía, hasta que en 1884, por encargo de los Superiores emprendió un viaje por la Península con el objeto de dar a conocer y difundir su Orden, cuya restauración en España se estaba iniciando bajo la inteligente dirección del R.P. Barsotti.

Después de muchos vaivenes y pruebas de todo género, que aumentaban los sufrimientos nerviosos que seguían aquejando a D. Pío, habiéndose fijado en las provincias del Norte de España y en particular en las Vascongadas como las más adecuadas para el apetecido objeto y el planteamiento de una casa de noviciado, fue recibido con la mayor benevolencia por el Ilmo. Señor obispo de Vitoria, quien se mostró propicio a la idea manifestada por D. Pío de emprender una fundación en la diócesis, y como el Ilmo. Señor tenía proyectado la instalación de un Seminario Menor en el edificio de la célebre Universidad de Oñate, por conducto del P. Mortara ofreció al Rvmo.P. General la dirección del mismo Seminario.

Desde luego, el Rvmo. P. Santini encargó al R.P. Barsotti, entonces Superior de la Residencia de San Fernando que se trasladase a Vitoria para tratar y gestionar con Su Ilustrísima.

Presentándose a los pocos días los PP. Barsotti y Morata, y enterado el primero del estado y condiciones en que se encontraba el asunto, todavía pendiente del planteamiento del Seminario en Oñate, y de ciertas dificultades con las cuales se tropezaba, se personó en Oñate con facultades especiales del Señor obispo, y gracias a la inteligente destreza del R.P. Barsotti se pudieron allanar todos los entorpecimientos, y el Seminario Menor quedó definitivamente instalado el día 2 de noviembre de 1884, siendo nombrado el expresado padre, Rector y Superior, y encargándose con él el P. Mortara y el P. Menais de las asignaturas más imprescindibles.

En los siguientes años fue paulatinamente aumentando el personal, tanto del Seminario, como de la Comunidad y siendo el deseo del Ilmo. Sr. obispo el que la Orden de los Canónigos Regulares se identificase (son sus palabras) con el porvenir de la afamada Universidad, desde luego el R.P. Barsotti acordó con los demás padres dar principio a un Noviciado provisional de la Orden en la misma Universidad. Pero no prestándose el expresado edificio para dar cabida al doble personal, se vio y sintió entonces la necesidad de construir una nueva casa destinada exclusivamente al personal de la Orden, y luego una iglesia que ofreciese más capacidad que la muy reducida capilla de la Universidad para las exigencias del Culto divino.

LA FAMILIA MORTARA

Por lo que se refiere a la familia del P. Mortara, hemos de consignar desde luego que la célebre secuestro del niño, lejos de ser la causa de su desconcierto y ruina total, lejos de hundirla en la miseria, como se complacían en repetirlo los enemigos de la Iglesia y del Poder temporal, para destruir el cual tanto abusaron de aquel pretexto, antes bien fue el principio, si no del enriquecimiento, al menos de un bienestar del cual no disfrutaban antes, pues a más de que cuantiosos donativos fueron destinados a los señores Mortara, por los que fingida e hipócritamente deploraban su suerte y desventura, el nombre Mortara llegó a alcanzar una inesperada celebridad, y en el comercio e industria y otras carreras a las cuales se dedicaron los hermanos Mortara, ese nombre era una etiqueta de mucho prestigio, que no podía menos de atraer considerables ventajas materiales.

De los once hijos, fruto de la legítima unión de los esposos Mortara, dos no sobrevivieron más que algunos meses, el mayor, Ricardo, se alistó en el ejército, llegando al grado de Oficial, y volviendo luego a la familia.

Después de fallecer el señor Salomón Mortara, Augusto se dedicó al estudio de la jurisprudencia, llegando a doctorarse en leyes; los tres otros

hermanos atendieron a diferentes ramos del comercio e industria, y las tres hermanas, después de concluida su educación se colocaron en honesto matrimonio.

En 1873 recibió D. Pío la tristísima noticia del fallecimiento de su amadísimo padre, acaecido en circunstancias demasiado dolorosas y sensibles para ser consignadas en estas hojas.

Sobrevive todavía su desconsolada y anciana madre, frizando ya en los 70 años de edad, en su religión israelita, muy consciente y observante y deseosa de que se observe la ley de Moisés en su familia, penetrada de los sentimientos de la más ilimitada confianza en Dios, cuyo Nombre siempre tiene en los labios, lo mismo que sus tres hijas Ermina, Ernesta e Imelda, verdadero retrato de su madre en punto a religión.

Esa pobre señora que en la célebre “Cuestión Mortara” fue y será siempre la “Mujer del dolor”, adorada por todos sus hijos, a todos los quiere y ama entrañablemente, pero con preferencia, como natural a su “hijo del dolor”. Edgardo, que fue causa, aunque inconsciente para ella, de tantas lágrimas y tan atroces amarguras.

Una madre, siempre es madre, y aquellas palabras del divino Paciente: “Pase de mi este cáliz” hacen su legítima parte al corazón y a la naturaleza, y justifican todo dolor, sobre todo el de una madre.

En los 30 años que ha pasado D. Pío fuera de su casa, tan sólo dos veces vio a su madre querida, rápida y fugitivamente en el destierro.

Su anciana madre parece que no piensa más que en él, sumamente pesarosa de saber que su salud no es muy floreciente, quisiera tener alas para volar cerca de su amado hijo, esperando, como ella dice, que un día vendrá en que Dios la ayudará y favorecerá.

Más de una vez D. Pío intentó hablar a su madre de Jesús, y poner su afligido corazón en contacto con el de su adorado Redentor, pero su madre echa a llorar, y ¿qué se puede decir a una madre que llora, y qué otra respuesta que un respetuoso silencio se puede dar?

También llora D. Pío con Jesús, retirado en su divino Corazón; llora por su querida familia y por su anciana madre de 70 años.

Muchas veces no pudiendo hablar de Jesús a su madre, habla de su madre a Jesús en el acto de ofrecer el sacramento del sacrificio (en la misa).

Hoy al lado del gran Pontífice de la Inmaculada y del Sillabus se levanta la voz de aquel mismo niño de otro tiempo y ya hoy hombre, sacerdote y religioso de San Agustín para empuñar la espada de la palabra y defender a Pío IX, su ángel tutelar, su padre y protector, a quien después de Dios todo lo debe agradecer... Un día vendrá, sí, y no es lejano, en que la posteridad recoja los modestos acentos del niño Mortara para enlazarlos a una gavilla de luces y a unas perfumadas guirnaldas de imperecederas flores, que ornarán y ataviarán el altar sobre el cual la catolicidad desea saludar con entusiastas vítores y fragosos aplausos a Pío IX, el santo (hasta aquí el texto original en español con algunos recortes de párrafos sin mayor importancia). Y ya sabemos que el Papa Pío IX fue beatificado por el Papa Juan Pablo II y declarado beato el 3 de septiembre del año 2000.

ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

El 20 de septiembre de 1870 los seguidores de Garibaldi, a favor del Reino de Cerdeña, entraban sin mayor resistencia en Roma. Así terminaba el poder temporal de los Papas sobre los Estados Pontificios desde el año 756 con la Donación de Pipino el Breve, hasta ese año 1870. Este año, en la guerra de Francia con Prusia, el rey francés, que tenía un ejército en Roma defendiendo Roma, lo sacó para llevarlo a la guerra con Prusia, pero fue derrotada en la batalla de Sedán. Por eso, Roma quedó indefensa. Ese día 20 de septiembre, el Papa Pío IX al ver que la defensa de Roma era inútil, izó la bandera blanca para evitar más derramamiento de sangre. El padre Mortara refiere en la *Autobiografía*: La historia registrará con letras de fuego los horrorosos crímenes perpetrados por los garibaldinos como la incalificable traición en el Cuartel Serristori a la par que consignará con caracteres de oro las heroicas acciones realizadas por los valientes zuavos en Genzano y Monte Libretti.

En ese año comenzó la unidad de Italia bajo el poder del rey de Cerdeña Víctor Manuel. Con el cambio de poder, el Papa Pío IX quedó en el Vaticano como un prisionero. Los anticlericales, a la vez que tomaban posesión de toda la ciudad, también se ocuparon del caso Mortara. El 18 de octubre, al mes de entrar, se presentó el señor Berti, jefe de la policía, para exigir al ahora llamado Pío María Mortara, que tenía ya 19 años, que debía regresar con su familia como lo exigía la opinión pública. Él se negó rotundamente. Entonces le aconsejaron acudir al general Lamarmora, que era el lugarteniente del rey en Roma y este le dio seguridad de que lo defendería en caso de que tuviera dificultades. Sin embargo, sus Superiores, viendo el ambiente anticlerical que exigía al antiguo Edgardo que regresara con su familia, decidieron que saliera del país. Acompañado por el padre Mariani, ambos disfrazados de seglares, acudieron a la

estación de tren y allí descubrieron al padre de Edgardo, que seguramente estaba buscando una ocasión propicia para entregarlo a las autoridades.

Felizmente no los descubrió y pudieron llegar a Austria y ser bien recibidos por los hermanos de su Orden en la abadía de Neustift. Allí siguió sus estudios, sacó el doctorado en teología y el bachillerato en Ciencias. Allí hizo profesión de sus votos perpetuos el 31 de diciembre de 1871. Siguió sus estudios y el 20 de diciembre de 1873, con 21 años y con dispensa, recibió la ordenación sacerdotal en Poitiers.

EN FRANCIA

Se enfermó y, buscando la salud, se dirigió a Marsella en Francia. Allí estuvo refugiado y atendido por unas buenas señoras católicas. El 7 de febrero de 1877 se enteró de la muerte del Papa Pío IX y lloró en unión con todo el Orbe católico, a su gran padre y protector. Estando en Marsella, escribió una carta de protesta a la Cámara de diputados franceses, porque en el curso de una sesión del 7 de junio de 1879 le habían calificado como víctima de Pío IX y del oscurantismo clerical.

Escribió: Yo soy católico de principios y de convicción, listo a responder a los ataques y a defender al precio de mi sangre a la Iglesia que ustedes combaten. Yo declaro que sus propósitos me ofenden profundamente en mi honor y en mi conciencia y me obligan a protestar públicamente. Estoy íntimamente persuadido por la vida entera de mi augusto protector y padre que el servidor de Dios Pío IX era un santo. Tengo la convicción de que un día, como se merece, será elevado a la gloria de los altares (P. Pío María Edgardo Mortara).

En octubre de 1880 por la ley de Terry se suprimieron todas las Órdenes religiosas y la expulsión de todos los religiosos extranjeros de Francia en el plazo de 24 horas. Él se escondió en casa de una familia de Marsella y supo que desde Italia lo seguían buscando. Estuvo oculto y enfermo durante seis meses. El obispo le concedió permiso para celebrar misa en su habitación y él se preparó para morir, pensando que pronto llegaría su último momento. Sin embargo, Dios velaba por él. Mandaron celebrar una novena de misas a san José por su salud el 17 de marzo de 1881, el penúltimo día de la novena, por primera vez tomó algunos alimentos más y a los pocos días se levantó, entrando en una lenta, pero visible mejoría. Estando fuera de peligro, huyó de nuevo a Austria, adonde llegó el 12 de julio de 1881.

EN OTROS PAÍSES

Al poco tiempo se fue de Austria y pasó por Baviera, Suiza y Francia, llegando a Barcelona y de allí a Cádiz, donde se unió a los padres Doncella y Barzotti de su Congregación que, unidos, intentaban reavivar su extinguida Orden de canónigos regulares de San Agustín en España. Fundaron la casa de San Fernando (Cádiz) y un foco más tarde la de San Telmo en Chiclana. En junio de 1884 salió de Chiclana y recorrió Alicante, Valencia, Cataluña y Vascongadas, siempre predicando y haciendo apostolado. Llegó al País vasco el 18 de julio de 1884, dispuesto a fundar una casa noviciado de su Congregación. Se puso en contacto con las canónigas de Hernani y en dos meses visitó casi todo el país vasco. Fue a Vitoria a hablar con el obispo para encargarse del Seminario menor de Oñate y después se fue de nuevo a Chiclana a dar cuenta a sus Superiores de sus éxitos.

El 2 de octubre de 1884 salió con el padre Barsotti y fue a Vitoria. Al llegar a Oñate lo recibió el Ayuntamiento y el pueblo, porque se iban a hacer cargo del Seminario menor. Animado por el éxito, quiso construir una gran iglesia y una casa para la comunidad junto a la universidad. Esto le hizo lanzarse a la aventura, recorriendo no solo el país vasco, sino otras regiones de España, pidiendo ayuda para estas obras. Estuvo en esta labor de pedir limosnas entre 1886 y 1892, hasta que ya no podía más físicamente por tanto trabajo de predicar y predicar en distintos lugares. El padre General le ordenó trasladarse a Inglaterra a descansar. Cuando se recuperó, reanudó la predicación en Inglaterra y más tarde en 1894 en Estados Unidos. También estuvo en Polonia y concretamente en Cracovia en 1899.

En 1906 lo vemos residiendo en la abadía de su Orden de Bouhay (Bélgica), de donde volvió dos veces a Italia en 1908 y 1912. En esta última ocasión recibió la bendición especial del Papa Pío X, que regía la Iglesia en ese momento. Murió el 11 de marzo de 1940 en la abadía de Bouhay. Su cuerpo está en el cementerio de Bressaux, cerca de Lieja (Bélgica) en la sepultura de los hermanos de su Congregación.

En la ciudad de Oñate (Guipúzcoa) hay una gran iglesia y una casa parroquial que él consiguió con la ayuda de las limosnas. También tiene una calle dedicada a su nombre. Él escribió de sí mismo: *He enseñado en Italia y en el extranjero Ciencias sagradas y profanas, pero sobre todo me he dedicado a la predicación en diversas lenguas*. Incluso en vasco, como declaró don Miguel de Unamuno, que lo oyó en una ocasión en Guernica. Sabía 11 lenguas y predicó en 9 de ellas, no en latín ni hebreo.

LA CUESTIÓN ROMANA

La cuestión pendiente desde Pío IX sobre los territorios del Estado Vaticano, arrebatados por el rey de Cerdeña para unir Italia se solucionó para bien y tranquilidad de todos.

En 1929 Pío XI y Mussolini pusieron fin a la cuestión romana, firmando ambos los Pactos de Letrán con los cuales se concedía al Papa un Estado independiente, el Estado, llamado *Ciudad del Vaticano*, de 44 hectáreas, de medio kilómetro cuadrado, para que así los Papas no estén sometidos a ningún poder político ni al vaivén de las políticas del momento y puedan gobernar a la Iglesia con libertad. Ya se vio la importancia de esto en la segunda guerra mundial, cuando los alemanes tomaron Italia y Roma en concreto. Hitler pensó raptar al Papa, lo que al final no sucedió, gracias a Dios.

CONTRA LA BEATIFICACIÓN DE PÍO IX

El padre Edgardo refiere en su testimonio para la beatificación del Papa Pío IX: *Cada vez que he vuelto a la Ciudad eterna me he postrado profundamente conmovido ante la tumba de mi augusto padre y protector hacia el cual mi gratitud no tiene límites y siempre lo tendré como un sabio y santo pontífice. Él en su epitafio invitaba a los fieles a rezar por él. Yo confieso que cuantas veces he leído estas palabras, otras tantas veces dije en mi corazón: Santo Pío, ora por mí.*

La beatificación de Pío IX fue combatida duramente por una campaña internacional de difamación donde se ve hasta una organización hebrea americana comprar una página entera del *Washington Post* para hacer un llamado en el que se advertía a Juan Pablo II a no beatificar al Papa secuestrador, secuestrador de niños. Organizaciones ecuménicas protestantes denunciaron que el Papa polaco, no solo no había pedido entre tantas peticiones de perdón la del secuestro perpetrado por Pío IX . Y esto, decían los ecumenistas, ponía en crisis el diálogo hebreo-cristiano. Amós Luzzatto; presidente de la unión de las comunidades hebreas italianas, el día después de haber conocido que durante el Jubileo Juan Pablo II habría beatificado este su predecesor, dio un comunicado oficial en el que decía: *La intervención de Pío IX en un episodio dolorosísimo para los hebreos italianos como el secuestro a la fuerza del niño Edgardo Mortara a su familia y su educación católica hasta hacerlo un sacerdote, ha dejado un recuerdo de los oscuros tiempos de persecución. Esta herida no se ha*

*curado y Pío IX representa para la comunidad hebrea un recuerdo doloroso no superado*⁷.

Los familiares del padre Edgardo (P. Pío María) también se manifestaron contra la beatificación. Y hasta periódicos liberales o hebreos publicaban noticias como que el niño Edgardo había sido castrado por orden del monstruo vestido de blanco (el Papa) para hacerlo un cantor de la Capilla Sixtina.

DECLARACIÓN DEL PADRE MORTARA

Con motivo del proceso en vistas a la posible beatificación del Papa Pío IX, el padre Pío María Mortara dio su testimonio. En él dice:

Nací de padres israelitas, a los 17 meses fui afectado por una grave enfermedad, neuritis, que me llevó a la agonía, siendo reconocido el caso como gravísimo por el médico. Consciente del peligro de muerte, la sirvienta Ana Morisi, cristiana y óptima joven de 16 ó 18 años, que mis padres, a pesar de las leyes vigentes entonces en el Estado Pontificio retenían a su servicio, tomó la decisión de administrarme el santo bautismo. Aprovechando el momento en que mi madre me había dejado solo en la cuna, se acercó con un poco de agua y me bautizó por aspersion, pronunciando la fórmula sacramental. Terminado ese acto, apareció mi madre que no se dio cuenta de nada. Todos estos detalles resultan en sustancia de los documentos vinculados al Proceso desarrollado en Bolonia en 1859 a cargo del padre Gaetano Feletti, que era el presidente del tribunal de la sagrada Inquisición de Bolonia antes de la anexión de las Romañas al reino de Italia.

El hecho fue mantenido en el más absoluto secreto por Ana Morisi, sorprendida por la pronta curación del niño. Seis años después, mi hermanito de nombre Arístides cayó gravemente enfermo. Solicitada la Morisi con instancias por una amiga suya, para que bautizara al niño, que estaba muy grave, ella rehusó hacerlo alegando mi supervivencia al bautismo y así fue revelado el secreto. La noticia de mi bautismo llegó de esta manera al conocimiento de la autoridad eclesiástica ordinaria, esta, juzgando que el caso era demasiado grave para ser de su competencia, lo refirió directamente a la Curia Romana. Por lo que se conoce del Proceso, el Santo padre por medio de una Congregación Romana encargó al padre Feletti de mi separación de la familia, la cual tuvo lugar con auxilio *brachii secularis*, es decir, con la intervención de los gendarmes de la Inquisición (gendarmes pontificios de Bolonia) el 24 de junio de 1858. Fui conducido por los gendarmes a Roma y presentado a Su Santidad Pío IX, el cual me acogió con la

⁷ Messori Vittorio, *Io, il bambino ebreo rapito da Pío IX*, Ed. Mondadori, Milano, 2005. pp. 14-15.

más grande bondad y se declaró mi padre adoptivo como de hecho lo fue mientras vivió, costeando mi carrera y asegurando mi futuro. Me confió al canónigo Enrique Sarra, Rector del Instituto de los neófitos de Santa María dei Monti, dirigido por las Hijas del Sagrado Corazón.

Pocos días después de mi llegada a Roma y habiendo recibido instrucción religiosa, me fueron completadas las ceremonias del bautismo por el cardenal Ferretti. De esto vino el equívoco histórico de que yo había sido bautizado en Roma después de mi separación de la familia, como relata De Cesare en una de sus obras. Ocho días después se presentaron mis padres en el Instituto de neófitos para comenzar las gestiones tendientes a llevarme a casa. Habiéndoles sido dadas completas facultades para verme y hablar conmigo, prolongaron su permanencia en Roma durante un mes, viniendo todos los días a visitarme. Es superfluo decir que utilizaron todos los medios para recuperarme: caricias, lágrimas, oraciones y promesas. A pesar de todo ello, yo no mostré en ningún momento el menor deseo de volver con mi familia. Yo mismo no puedo explicarlo, sino por la fuerza sobrenatural de la gracia.

Mientras tanto la prensa de toda Europa, y se podría decir de todo el mundo, hacían gran alboroto sobre el niño Mortara, que se hizo célebre como el rapto de las Sabinas. En los lugares públicos, en los cafés y en otros lugares no se hablaba de otra cosa y en el teatro de París se presentó una tragedia con el título: *el pequeño Mortara*. La comunidad israelita de Alessandria (Piamonte) hizo un llamado a todas las sinagogas del mundo y organizó una gran campaña contra el Papa y la Iglesia de Roma, habiendo llamado a las grandes potencias para intervenir y protestar diplomáticamente. De hecho fueron enviadas protestas, durante al menos seis meses que duró esta polémica violenta y apasionada en la que se daban cita todos los enemigos del Papado y de la Iglesia de Roma. No faltaron valientes en el campo católico que con heroico coraje y con admirable constancia defendieron al magnánimo Pío IX, pero como decía él mismo en medio de aquella furiosa tempestad, a ejemplo del divino Redentor, dormía tranquilo. La paternal solicitud del Santo padre se manifestó sobre todo con ocasión de los acontecimientos políticos de 1870. Después de la entrada de las tropas piamontesas en Roma, en aquellos días de anarquía que precedieron a la constitución del nuevo gobierno en que la policía era incapaz de frenar a la chusma, luego de haber arrancado a la fuerza del Colegio de los escolapios al neófito Coen, se dirigía a San Pedro in Vincoli para raptarme también a mí, lo que providencialmente no se efectuó. Pío IX, inquieto por mi futuro, preguntó varias veces si había conseguido alejarme de Roma. Al ser informado de mi evasión, dijo estas precisas palabras: Agradecemos al Señor que Mortara haya escapado.

La bendición de Pío IX me acompañó a todas partes. Ella me dio fortaleza y coraje para no ceder a las presiones y amenazas de las autoridades liberales que querían obligarme a la deshonra de los votos religiosos, a volver a mi familia, expuesto así al peligro de llegar a ser un perjurio y quizás también un apóstata. El señor Berti, prefecto de la policía, se acercó a San Pedro in Vincolis, haciéndome protestas y solicitudes para dar satisfacción a la opinión pública, irritada contra los grandes poderes teocráticos, y regresar a mi familia. Pero me negué, porque no había razón para hacerlo, ya que había dado a mi padre presente en Roma todas las pruebas del más tierno afecto filial. El prefecto insistió en el deseo de que regresase a mi familia.

La policía seguía todos mis pasos y cada tarde había guardias en las cercanías del convento para impedir la fuga. Para estar protegido de estos vejámenes, me aconsejaron que fuera a visitar a su Excelencia el general Lamarmora, que era entonces el lugarteniente del rey Vittorio Emanuele en Roma. Pedí audiencia y me fue de inmediato concedida. Su Excelencia me recibió con benevolencia. Le expuse mi caso, y me dijo: *¿Qué quieren de usted?* Respondí: *La policía quiere obligarme a regresar con mi familia. “Pero ¿Cuántos años tienes?”*. Diecinueve, Excelencia. *“Entonces eres libre. Haz lo que quieras”*. Pero, Excelencia, *estoy amenazado de represalias. “En ese caso, ven a mí y yo te protegeré”*.

Entretanto la prensa se desencadenaba contra los clericales y especialmente contra los jesuitas, acusándolos de haberme sugestionado con su fanatismo papal y de haber así provocado una evasión que resultaba una afrenta para mi familia. Para rebatir estas infundadas acusaciones escribí una protesta, que fue publicada en el Diario católico *Journal de Bruxelles* y reproducida en otros Diarios católicos y liberales. Así se extendió la voz de mi supuesto domicilio en Bruselas, mientras yo me dedicaba tranquilamente a los estudios teológicos en el Seminario episcopal de Brixen. El Sumo Pontífice, dignándose no olvidar a su hijo adoptivo, me mandó varias veces su bendición por medio del general de mi Orden en respuesta a mis felicitaciones y buenos deseos.

Se querrá saber cuáles fueron mis relaciones con mis padres después de su partida de Alatri. Yo no recibí más noticias de ellos. Escribí varias veces cartas sobre religión, tratando de convencerlos de la verdad de la fe católica. Se entiende que tales cartas en cuanto fueron expresión de mi convicción personal muy fuerte, no podían ser obra exclusivamente mía y por esto quedaban sin respuesta. Solo en mayo de 1867, siendo novicio, recibí la primera carta de mis padres, en la cual después de haberme asegurado su afecto infaltable, anotaban que no habían respondido a mis cartas porque creyeron que mío solo era el nombre y la firma, pero que ahora se alegraban de poder tener correspondencia con ellos sin control. La primera vez que vi a mi padre después de tanto tiempo

fue en Roma a primeros de octubre de 1870. El primer encuentro fue afectuosísimo, se renovaron las visitas a San Pedro en Vinculis en los términos más expansivos y al despedirnos antes de su retorno a Firenze, entonces capital del reino, aceptó de buen agrado llevar recuerdos y regalos para mis hermanos.

En cuanto a las relaciones de Pío IX con los gobiernos lo que puedo decir es que Pío IX, hecha, publica mi separación de mi familia, se vio envuelto en gravísimas complicaciones diplomáticas y oficiales con Francia. En confirmación de lo que digo puedo aducir las palabras que oí de labios del general Latour, miembro del Estado Mayor de Napoleón III. Le pregunté cómo se expresaba el emperador refiriéndose a mi caso y él me respondió: *¡Pero cómo! ¡yo mantengo a mis soldados en Roma y él me hace tales tonterías!*

El célebre polemista Veuillot, aludiendo a estas complicaciones, dijo: El caso del pequeño Mortara fue como una pala de madera lanzada para hacer ruido y un pretexto poco honesto para acelerar el desarrollo de la cuestión romana. Y de hecho el silogismo era claro. El caso Mortara no hubiera sucedido sin el poder temporal, de lo que se concluía que era necesario suprimirlo. Sin embargo, el Pontífice, a pesar de las protestas poco respetuosas y de las amenazas que recibía, se mantenía firme y constante, repitiendo en alguna ocasión aquel sublime *Non possumus* (no podemos) frente al cual ceden todas las fuerzas humanas. En resumen, el dilema era este: O se restituye al pequeño o no respondemos de la seguridad del Papa en sus Estados. Sé que el Papa una vez exclamó que ni siquiera todas las bayonetas del mundo le obligarían a restituir al niño.

No tengo nada más que añadir, quitar o poner a la declaración. Solo añadiré que estoy íntimamente convencido, no solo por la declaración que he hecho, sino también por todo el conjunto de la vida de mi augusto protector y padre, que el siervo de Dios era un santo y tengo la convicción casi instintiva de que un día será elevado al honor de los altares ⁸.

¿ANTISEMITISMO DE PÍO IX?

Recordemos que nunca fueron expulsados los judíos de Roma (excepto en el año 59- 60 por los emperadores romanos) ni de Aviñón ni Ancona, aunque sí de otras ciudades de los Estados pontificios. Sobre la acusación al Papa Pío IX, el

⁸ Sacado de la declaración de Edgardo Leví-Mortara ante el tribunal eclesiástico para la Causa de beatificación de Pío IX, publicada en *RomAnaseu senogal spoletAnaseu imolensi et neapolitAnna, beatificationis et canonizationis servi Dei Pii IX, Summi pontificis, vol 1, summarium de los testigos, super introductione causae, Sacra Rituum Congregationis, impreso en Roma en la tipografía Guerra e Belli, Via Milano 57, año 1954) La traducción del italiano es nuestra.*

mismo padre Pío María Mortara (llamado Pío como religioso en honor de Pío IX (a quien consideró siempre como un padre) lo desmintió en varias ocasiones en su Autobiografía y en su Declaración para la beatificación de Pío IX entre otras.

Además tengamos en cuenta, según ha confirmado el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los santos, que precisamente a Pío IX se debe la liberación de los judíos de Roma el 17 de abril de 1848. La noche de Pascua de ese año se echaron por tierra las puertas del ghetto de Roma con una medida que se adelantó al resto de las legislaciones europeas. Hizo suprimir las labores indignas y humillantes que estaban asignadas a los judíos.

El mismo Pío IX decretó la abolición de ciertos cumplimientos, por los que gracias a él los judíos dejaron de ser considerados como extranjeros en Italia. Hizo concesiones notables a los judíos, Los hizo partícipes de las limosnas papales y los liberó del tributo que todos los años debían llevar al Capitolio. Cuando personas antijudías quisieron asaltar el ghetto o molestar a sus habitantes, puso guardias para vigilar y patrullar las calles. Los judíos le dieron gracias por ello. En signo de gratitud, un judío de Livorno, al morir, dejó al Papa 30.000 escudos, que el Papa entregó a los pobres del ghetto de Roma. El 21 de septiembre de 1858, las autoridades religiosas judías de Alemania enviaron un mensaje al Vaticano en el que decían: *El nombre de Pío IX nos causa respeto y amor pues conocemos los beneficios que desde el principio has ofrecido a nuestros hermanos.*

Una frase que le han echado en cara con virulencia fue la que pronunció el 24 de agosto de 1871 en un encuentro con la Pía Unión de mujeres católicas en un contexto de explicar un pasaje del evangelio y después de la supresión de los Estados Pontificios y estar como prisionero en el Vaticano: *Recordad a la cananea* (Mt 15,21-28), era una mujer buena, aunque pagana. Pidió a Jesús que liberara a su hija del demonio. Él se desentendía y le dijo: *No está bien echar el pan de los hijos a los perros.* Ella contestó: *Señor, pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.* Jesús se alegró de su respuesta y liberó a su hija. Pues bien, los judíos que eran hijos de la casa de Dios, por su dureza e incredulidad se convirtieron en perros. Y hay muchos de estos perros hoy en Roma y escuchamos cómo ladran por todas las calles y nos están molestando en todo lugar. Esperamos que vuelvan a ser hijos. Nosotros imitemos la humildad y constancia de la cananea. Ella se hizo digna de las misericordias de Dios y nosotros también seremos dignos, pues somos hijos de Dios ⁹.

⁹ Discursos de Pío IX a los fieles de Roma y del Orbe desde el inicio de su cautiverio hasta el presente, recogidos por primera vez y publicados por Pasquale De Franciscis, Roma, Tip G. Aureli, 1872, p. 535.

Muchos enemigos de la Iglesia, tomando este texto como base sin su referencia evangélica, hablaron del antisemitismo del Papa. Él se estaba refiriendo en esos momentos, en que ya no tenía ninguna autoridad política, a los que lo amenazaban en serio y lo atacaban con rabia, aprovechando la situación indefensa del Papa, a muchos de los cuales había tratado como a hijos, dándoles ayudas y beneficios. ¿Quizás no fue afortunada la frase para explicar el pasaje evangélico? De hecho en sus obras nunca atacó a los judíos y en el caso del niño Mortara, él mismo se encargó de defenderlo de sus enemigos como parte interesada en el asunto.

Por otra parte, Abrahm Berliner, judío, en su *Storia degli ebrei di Roma*, Ed. Rusconi, 1992, escribe que el Papa Pío IX fue benévolo con los judíos. El Papa entregó 300 escudos a familias judías pobres y durante la epidemia de cólera que flageló Roma en 1868 dispuso particulares ayudas para los judíos afectados y asignó once medallas de plata a los médicos judíos que se habían destacado por su abnegación. Por su parte el padre Pío María Mortara, siempre se consideró judío y cristiano, judío de raza y cristiano de religión como los primeros cristianos.

PÍO XII

Muchos criticaron al Papa Pío XII de antisemitismo, solo por odio a la Iglesia. veamos.

El Papa no permaneció inactivo, a pesar de tener en Roma a los alemanes que lo vigilaban. Desde septiembre de 1943, había dado órdenes de que en todos los conventos, incluso de clausura, se recibieran judíos para evitar su arresto. Sólo en Roma, 155 conventos, (algunos de clausura), dieron asilo a cerca de 50.000 judíos. Al menos 30.000 encontraron refugio en la residencia veraniega papal de Castelgandolfo. Sesenta judíos vivieron durante nueve meses en la universidad Gregoriana y varios centenares en el mismo Vaticano. El cardenal Boetto de Génova salvó al menos ochocientos; el obispo de Asís escondió trescientos judíos durante más de dos años; el obispo de Campagna salvó a 961 en Fiume. En total, más de 85.000 judíos italianos fueron salvados por la acción directa de la Iglesia católica.

La gravedad de esconder judíos en conventos y edificios de la Iglesia era evidente, dada la neutralidad vaticana, pues esto podía ser considerado como un acto hostil contra los alemanes. La noche del 26 al 27 de noviembre de 1943, las SS. y los fascistas irrumpieron en algunas instituciones católicas de Florencia e hicieron arrestos y deportaciones. El 21 de diciembre, una irrupción también en

Roma, en el Seminario Romano, en el Lombardo y en el Russicum preocupó mucho a la Santa Sede, pues podía ser acusada de favorecer a los enemigos del Reich, pero la cosa no fue a mayores.

Un caso interesante es el del sacerdote irlandés Hugh O'Flaherty, que durante la ocupación alemana de Roma consiguió la salvación de muchos judíos y prisioneros aliados, por lo que fue declarado por Israel, justo entre las naciones. El jefe nazi de Roma Herbert Kappler lo persiguió a muerte, pero no lo consiguió. Después de la guerra, Kappler fue hecho prisionero y lo condenaron en 1948 a cadena perpetua, sobre todo por su responsabilidad por la masacre de 335 italianos en las Fosas ardeatinas el 23 de marzo de 1944. Durante muchos años, este sacerdote irlandés P. O'Flaherty fue el único que regularmente lo visitaba. Le hablaba y le prestaba libros y al fin consiguió que se convirtiera al catolicismo en la cárcel en 1960. Un cáncer de estómago lo redujo a los huesos, pero antes de morir su esposa Anneliese consiguió sacarlo del hospital militar romano en que se encontraba y huyó con él a Alemania en coche particular. Murió el 9 de febrero de 1978, 7 meses después de la fuga. Sobre parte de su vida han realizado la película *Escarlata y negro* de 1983.

En el archivo del Pontificio Instituto Bíblico se ha encontrado en el año 2023 una lista de 3.200 nombres de judíos protegidos por la Iglesia durante la ocupación alemana de Roma en la segunda guerra mundial y esto lo ha comentado Claudio Procaccia, director de la comunidad judía de Roma.

Según Pinchas Lapide (que prestó servicios de cónsul de Israel en Milán y entrevistó a los judíos italianos sobrevivientes), en su libro *Three Popes and the Jews* dice que Pío XII *contribuyó sustancialmente a salvar a 700.000 judíos, y tal vez a 860.000, de la muerte segura a manos de los nazis*. Y sigue diciendo: *La Iglesia católica salvó más judíos durante la guerra que todas las demás iglesias, instituciones religiosas u organizaciones juntas. Esto en contraste con lo conseguido por la Cruz Roja o las democracias occidentales*¹⁰.

Sin embargo, a pesar de todo lo que hizo el Papa, muchos siguen diciendo que no fue valiente para hablar de los horrores nazis y que debía haber hablado con más claridad y con más fuerza para descubrir los horrores que estaba perpetrando el régimen nazi contra los judíos. Lo acusan de demasiada prudencia, de sus silencios culpables y de actuación insuficiente. Lo que sí es cierto es que no se le puede tachar de pro-nazi ni de antijudío, ni de cobarde, pues, varias veces, manifestó estar dispuesto a morir. Su secretario, el jesuita Robert Leiber, manifestó claramente, después de la guerra, que *Pío XII no conocía la realidad de los hechos* (de la solución final judía) *y que no era cierto*

¹⁰ Citado por Frederick W. Marks, *A brief for belief*, Ed Queenship, Golea, California, 1999, p. 69.

que poseyera material informativo absolutamente fiable y cuya fiabilidad considerase personalmente incontestable¹¹. Ciertamente que nunca en sus discursos pronunció la palabra nazis o judíos. Habló en general. Decidió actuar mucho y hablar poco. Quizás para algunos debería haber hablado más y con más fuerza contra los nazis. Pero olvidan que los aliados hablaron mucho menos que el Papa, porque tenían miedo de aceptar a miles de refugiados judíos en sus propios países. Ellos estaban mejor informados y no quisieron hablar.

*La Cruz Roja internacional y otras naciones neutrales como Suecia y Suiza optaron también por no protestar, dado que temían que sus actividades humanitarias pudieran ser interrumpidas en los países bajo control alemán*¹².

Robert Kempner, delegado de los Estados Unidos en el Consejo del tribunal de crímenes de guerra de Nuremberg, escribió: *Cualquier tentativa de propaganda de la Iglesia católica contra el Reich de Hitler, no sólo hubiera sido un suicidio provocado, como ha declarado actualmente Rosenberg, sino que habría acelerado la ejecución de un número mayor de sacerdotes y de judíos*¹³.

En 1943, Chaim Weizmann, que llegaría a ser el primer presidente del Estado de Israel, escribió: *La Santa Sede está prestando su poderosa ayuda donde es posible para aliviar la suerte de mis correligionarios perseguidos*. En septiembre de 1945, Leon Kubowitzky, secretario general del Congreso judío mundial, agradeció personalmente al Papa sus intervenciones y donó 20.000 dólares al Óbolo de San Pedro como signo de reconocimiento por la obra desarrollada por la Santa Sede, salvando a los judíos de las persecuciones fascistas y nazis.

En 1955, la Unión de comunidades judías italianas proclamó el 17 de abril *jornada de agradecimiento* por la asistencia recibida por el Papa durante la guerra.

El más ilustre de los judíos, Albert Einstein, dijo en *Time magazine* el 23 de diciembre de 1940: *Las universidades como los periódicos fueron reducidos al silencio en pocas semanas. Sólo la Iglesia católica permaneció sólidamente firme e hizo frente a la campaña de Hitler, que suprimía la verdad. Yo no he tenido ningún interés en la Iglesia, pero ahora tengo un gran afecto y admiración, porque sólo la Iglesia ha tenido el coraje y la constancia de defender la verdad intelectual y la verdad moral. Yo debo confesar que lo que, alguna vez, he despreciado, ahora lo debo elogiar sin reservas*.

¹¹ Moro Renato, *La Iglesia y el exterminio de los judíos*, Ed. Desclée de Brouwer Bilbao, 2004. o.c., p. 151.

¹² Ib. p. 189.

¹³ Citado por Blet Pierre, *Pio XII e la seconda guerra mondiale*, Ed. San Paolo, Torino, 1999, p. 370.

Por eso, en 1954, el judío León Poliakov escribió que *los extraordinarios esfuerzos humanitarios hechos por la Iglesia tras el terror de Hitler, jamás podrán ser olvidados* ¹⁴.

Francis Osborne, ministro plenipotenciario británico ante la Santa Sede, no católico, que estuvo alojado en el Vaticano desde junio de 1940 hasta el otoño de 1944, y que conoció bien al Papa, dice en una carta al *Times* de Londres, el 20 de mayo de 1963: *Pío XII era muy benigno, gentil, generoso, comprensivo. Una persona que he tenido el privilegio de encontrar a lo largo de mi vida. Sé que, por su naturaleza sensible, estaba constantemente afligido por el trágico sufrimiento humano causado por la guerra y, sin duda, él hubiera estado listo para ofrecer su vida por aliviar a la humanidad de las tragedias del conflicto. Pero ¿qué cosa podría haber hecho más eficazmente?* Domenico Tardini, un cercano colaborador del Papa, dice que en los meses de guerra, redujo su alimento y multiplicó sus penitencias hasta prescindir, entre otras cosas, de la calefacción de sus habitaciones durante el invierno.

El general Montgomery escribió en el *Sunday Times* de Londres, del 12 de octubre de 1958, a los tres días de su muerte: *He was a great good man and I loved him* (él fue un gran hombre y un buen hombre, y yo lo quería).

Golda Meir, primer ministro de Israel, con motivo de su muerte, envió un mensaje que decía: *Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del Papa se elevó por las víctimas. Lloramos por un gran servidor de la paz*¹⁵. *Al conocer la muerte del Papa, el gran director de orquesta, el judío Leonard Bernstein, detuvo su batuta y pidió un momento de silencio para honrar al Papa que había salvado la vida de tantas personas sin distinción de raza, nacionalidad o religión* ¹⁶.

De hecho, *al final de la guerra, los sobrevivientes y los primeros historiadores celebraron con unanimidad la solidaridad de la Iglesia y de Pío XII con los judíos y su resistencia al nazismo* ¹⁷.

LOS ATEOS

Con qué gusto los ateos y anticlericales del momento gritaron contra el atraso de la Iglesia, su fanatismo y su supuesta crueldad en el caso Mortara, pero

¹⁴ Marchione Margherita, *Pío XII e gli ebrei*, Ed. Piemme, 2002, p. 78.

¹⁵ Ib. p.11.

¹⁶ Ib. p.79.

¹⁷ Moro Renato, o.c., p. 36.

esos mismos o quizás sus descendientes políticos o ideológicos, poco gritaron ante algunos regímenes que no solo quitaron los derechos de los padres sobre sus hijos, sino que masacraron con total tranquilidad, impiedad y crueldad, a millones de seres humanos por el simple hecho de no participar de su ideología, como si fuera la nueva religión impuesta a la fuerza.

Veamos, por ejemplo en Lenin. En 1922 mandó asesinar a 2.691 sacerdotes, monjes y monjas ortodoxos en Rusia. Antes de morir había encarcelado a 25.000 eclesiásticos, de los que 16.000 habían sido ejecutados.

Kim II Sung, el líder comunista de Corea del Norte, cometió crímenes contra la humanidad. En un informe de la ONU, dado a conocer el 17 de febrero de 2014, se habla de la muerte por hambre entre uno y dos millones de norcoreanos. Y todo lo justificaba por el avance y progreso del comunismo, sobre todo, como en todos los países comunistas, en cuestión de armamentismo.

Pol Pot, el líder comunista de Camboya, considerado como un monstruo humano, eliminó sin piedad a la tercera parte del país. En cuatro años de su gobierno asesinaron o murieron por hambre dos millones de camboyanos.

Stalin, el carnicero comunista, provocó la gran hambruna de 1932 y 1933. Esta hambruna provocó en Ucrania 4 millones de muertos y otros 3 en otras partes de Rusia

Hitler exterminó a 6 millones de judíos sin contar a gitanos, homosexuales, prostitutas, delincuentes, discapacitados y otros, a quienes consideraba la escoria de la humanidad.

Mao Tse Tung en China provocó la hambruna entre los años 1958 y 1962, en la que murieron 45 millones de personas, considerada la mayor tragedia en la historia de la civilización humana.

¿Dónde estaban los derechos humanos para estos comunistas de antes y de ahora que solo piensan en el poder y hacen purgas frecuentes para evitar traiciones? ¿Por qué educaban a los niños en el comunismo y ateísmo y los ponían contra sus padres, a quienes debían acusar en caso de no cumplir sus normas?

En el caso Mortara no hubo secuestro, quitaron a los padres la custodia de su hijo temporalmente para educarlo como cristiano, aunque al llegar a los 17 años estaba previsto que pudiera tomar él mismo una decisión definitiva sobre la religión y sobre volver o no a su familia. En el caso de los regímenes ateos y

comunistas, les roban la mente con su ideología comunista y los ponen contra sus padres.

NUEVA RELIGIÓN LAICA

En el caso del niño Mortara debemos tener en cuenta que nunca se actuó de mala fe. La criada Morisi actuó de buena fe, pensando en que muriendo el niño bautizado, iba directamente al cielo. Al sanarse y enterarse del bautismo las autoridades consideraron sencillamente que como cristiano tenía derecho a conocer la fe cristiana como establecía una ley de los Estados Pontificios. Si el niño como imaginaron muchos hubiera sufrido un gran trauma al ser separado de sus padres y hermanos con 6 años, él mismo hubiera actuado de mal humor y mala gana a lo largo del tiempo y hubieran tenido que regresarlo a casa por su bienestar psicológico, pero fue precisamente todo lo contrario.

Monseñor Liberati de la Congregación para las Causas de los santos en entrevista a dos Diarios italianos, *Corriere della Sera* y *Avvenire*, manifestó: Lo que nadie nunca ha querido recordar es que cuando Edgardo Mortara llegó a la edad de la adolescencia se le dejó libre de regresar a su casa. Pasó un mes con sus padres, pero en seguida decidió quedarse en Roma para poder hacerse sacerdote. Eso no fue fruto de sus traumas, sino de la gracia de Dios que se manifestó claramente en su vida.

Por otra parte los que tanto gritaron contra las leyes anticuadas del Vaticano, contra su crueldad, fanatismo etc., resulta que ahora tienen en este siglo XXI sus herederos anticlericales y anti todo lo sagrado y hacen muchísimo más y no permiten que nadie les contradiga, porque ellos sí actúan con crueldad y fanatismo, queriendo imponer la nueva religión laica de la ideología de género.

Son muchos los países *progresistas*, entre comillas, que creen que la ideología de género es lo más adelantado y científico en derechos humanos. No entienden que muchos profesionales y científicos están en contra de la hormonación y cirugía para cambio de sexo. Está comprobado que el 20% de los que se han operado se arrepintieron cuando eran mayores y quisieron volver a su primitiva situación, cuando ya no había remedio. Además, entre los trans, el porcentaje de suicidios es ocho veces mayor que en la población normal.

A partir de 2012 las solicitudes de cambio de sexo se han multiplicado por cinco, debido a las enseñanzas en los colegios y a la propaganda que algunos trans hacen por internet y otros medios como si el ser trans fuera lo solución de todos los problemas. En España, por ley, los españoles de más de 16 años pueden

modificar su sexo (incluso con operación) sin ningún requisito y sin permiso de sus padres.

Otros casos de estas imposiciones progresistas (?) son el que chicas menores de edad con 16 y 17 años puedan abortar gratis en instituciones del Estado sin permiso de sus padres, quitándoles así una parte importante de su autoridad con relación al futuro de sus hijos. Esta ley fue aprobada en España el 16 de febrero de 2023. Y estos nuevos dictadores poco hablan de las consecuencias del aborto, del síndrome postaborto, del riesgo de suicidios, seis veces más comparado con las mujeres que dan a luz normalmente. No dicen nada de que el riesgo de depresión es 65% mayor tras el aborto y la posibilidad de recibir tratamiento psiquiátrico aumenta en 160% ¹⁸.

El primer ministro de Canadá, Justin Trudeau, dijo un día: *A los padres que no aprueban a su hijo gay, se lo quito*. Se refería a la ley del Estado de Ontario promovida y aprobada por los liberales del partido del primer ministro. Según esta ley, Canadá abre el camino a la imposición totalitaria LGTBI para retirar la custodia a los padres que no aprueben la identidad de género de sus hijos, imponiendo así la ideología de género. El espíritu de esta ley 89, es según declaraciones del ministro de Infancia y juventud de Ontario, Michael Coteau: Cuando en una familia un niño o adolescente se declara LGTB y los padres no le ayudan, se considerará una forma de abuso si su padre le dice que no, que tiene que hacer eso de modo diferente. Y si hablamos de abuso y si está dentro de la ley, un niño puede ser retirado del ambiente de su familia y ponerlo bajo una protección social donde no exista ese abuso.

La juez Sylvia Hendon del tribunal de menores del condado de Hamilton (Ohio-USA) decidió quitar la custodia de una niña a sus padres para que le fuera aplicado un tratamiento hormonal de cambio de sexo, al que ellos se negaban. La custodia pasó a sus abuelos que apoyaban la petición de la adolescente de 17 años, que decía ser chico. Los deseos de la niña estaban apoyados por los psicólogos del hospital infantil de Cincinnati por riesgo de suicidio. El Departamento de empleo y servicios familiares acusaba a los padres de querer ser padres de un hijo que ya no existe.

La abogada de sus padres reivindicaba el bien de la menor ante daños irreversibles si se cambiaba de sexo. Los padres de la chica fueron acusados de negarse a la mutilación hormonal de su hija por ser cristianos, manifestando que la manipulación del cuerpo de su hija iba contra sus convicciones religiosas. La juez justificaba su sentencia por la ideología de género y reprobaba a los padres

¹⁸ Reardon David y Theresa Burke, *Mujeres silenciadas*, Ed. Sekoia, Madrid, 2009, pp. 323-324.

que la menor tenía derecho a proseguir su vida con una identidad de género diferente a la que le fue asignada al nacer.

Cuántos casos se están dando en los que un niño es llevado a la depresión y al suicidio simplemente, porque le hablan de la ideología de género, afirmando que cada uno es lo que quiere ser. Muchos niños o niñas deciden querer cambio de sexo, lo que en muchos casos es lanzarlos al abismo y separarlos de sus padres, a los que consideran como un peligro para quienes desean el cambio de sexo. Y por eso sus padres ni se enteran de los deseos y pensamientos de sus hijos por imposición de sus educadores (o mejor deseducadores).

Veamos un caso concreto que sucedió en California en 2019. Yaeli es una chica que tiene problemas de depresión y conoce en la escuela a una amiga que le sugiere que eso se debe a una posible disforia de género. Habla con miembros de la asociación LGTB y la animan a una transición de género sin hablar de ello a su familia, que puede oponerse y sería un peligro para ella. Los educadores de la escuela están de acuerdo y el médico que la trata también. Los servicios sociales para niños y familias de Los Ángeles retiran la custodia de la hija a sus padres. Durante los siguientes seis meses su madre solo pudo verla una hora a la semana. Pasaron tres años separadas y a la chica la sometieron a tratamiento con hormonas cruzadas y cambió su nombre de Yaeli por Andrew. Tres años después de comenzar el proceso de transición, antes de comenzar la cirugía prevista, Yaeli se tiró a las vías del tren con 19 años, se suicidó. ¿Dónde estaban los derechos de los padres? El Estado con sus malos educadores, bajo el influjo de los miembros LGTB, tomó bajo su responsabilidad el futuro de Yaeli, le quitaron la custodia a los padres y la llevaron al suicidio.

El 22 de septiembre de 2023 fue aprobada una ley en el Parlamento francés por la que se quitaba la patria potestad a los padres que se opongan al cambio de sexo de sus hijos. Robert Hoogland de la Columbia británica de Canadá fue condenado a 6 meses de prisión por oponerse a la hormonación de su hija, que quería cambiar de sexo. Los jueces dictaminaron que la no aceptación del sexo de su hija perjudicaba gravemente su estabilidad emocional. En el colegio la habían aleccionado sobre el cambio de sexo sin saberlo sus padres.

En España los directores de colegios e Institutos pueden denunciar ante los servicios sociales a los padres que nieguen a sus hijos el cambio de sexo. Así lo establecen 11 de los 13 protocolos escolares autonómicos de atención a los alumnos transexuales y advierten que estas instrucciones son de obligado cumplimiento, pues ponen en riesgo el ejercicio de la plena potestad de los padres. Según ley, se permite a los menores cambiar su nombre y aspecto en el aula y en varias regiones, sin permiso de sus padres. Y no necesitan informe

médico o psicológico para iniciar la transición y después llegar a la hormonación o cirugía irreversible.

Es interesante anotar que dada la propaganda hecha en internet por algunas organizaciones en favor del cambio de sexo, en menos de 10 años, en Inglaterra, ha aumentado el número de casos en 1.460% en varones y 5.337% en chicas.

En España en Aprodeme (Asociación para la defensa del menor y en DGAIA (Dirección general de atención a la infancia y la adolescencia familiar), muchas familias se han quejado de que les han retirado la custodia de sus hijos, sobre todo dentro de Cataluña, con la separación forzada de sus hijos. Es decir, un caso concreto de secuestro por motivos ideológicos,

APÉNDICE

Presentamos algunos testimonios de conversiones de judíos a la fe católica por intervención especial de Dios. El caso Mortara no es único.

ALFONSO MARÍA DE RATISBONA (1814-1884)

Era hermano de Teodoro de Ratisbona, que se convirtió al catolicismo y se hizo sacerdote. Alfonso, con sus 28 años, era un exitoso banquero, anticristiano, solo preocupado por las cosas y placeres del mundo. Aceptó el reto que le presentó su amigo católico Teodoro de Bussières de llevar cada día la llamada medalla milagrosa y rezar cada día la oración *Acordaos* de san Bernardo a la Virgen María.

En esos días, estaba en Roma a punto de casarse. Entra con su amigo a la iglesia *Sant'Andrea delle Fratte* de Roma y ocurre el milagro. Mientras miraba la iglesia, desde un punto de vista artístico, se le aparece la Virgen María.

Dice así: *Paseé maquinalmente la mirada en torno a mí, sin detenerme en ningún pensamiento; recuerdo tan sólo a un perro negro que saltaba y brincaba ante mis pasos... En seguida, el perro desapareció, la iglesia entera desapareció, ya no vi, o más bien, ¡Oh Dios mío, vi una sola cosa! ¿Cómo sería posible explicar lo que es inexplicable? Cualquier descripción, por sublime que fuera, no sería más que una profanación de la inefable verdad. Yo estaba allí, prosternado, en lágrimas, con el corazón fuera de mí mismo, cuando M. de Bussières me devolvió a la vida.*

Al fin, tomé la medalla, que había colgado sobre mi pecho, besé efusivamente la imagen de la Virgen, radiante de gracia... ¡Oh, era, sin duda, Ella! No sabía dónde estaba; si yo era Alfonso u otro distinto; sentí un cambio tan total que me creía otro yo mismo... Buscaba cómo reencontrarme y no daba conmigo. La más ardiente alegría estalló en el fondo de mi alma... Sentí en mí algo solemne y sagrado que me hizo pedir un sacerdote. Se me condujo ante él y, sólo después de recibir su positiva orden, hablé como pude: de rodillas y con el corazón estremecido ¹⁹.

Todo lo que sé es que, al entrar en la iglesia, ignoraba todo; que saliendo de ella, veía claro. No puedo explicar ese cambio, sino comparándolo a un hombre a quien se despertara súbitamente de un profundo sueño; o por analogía, con un ciego de nacimiento que, de golpe, viera la luz del día; ve, pero no puede definir la luz que le ilumina y en cuyo ámbito contempla los objetos de su admiración. Si no se puede explicar la luz física ¿cómo podría explicarse la luz que, en el fondo, es la verdad misma? Creo permanecer en la verdad, diciendo que yo no tenía ciencia alguna de la letra, pero “entreveía el sentido y el espíritu de los dogmas”. Sentía, más que veía, esas cosas; y las sentía por los efectos inexpresables que produjeron en mí. Todo ocurría en mi interior; y esas impresiones, mil veces más rápidas que el pensamiento, no habían tan sólo conmocionado mi alma, sino que la habían como vuelto al revés, dirigiéndola en otro sentido, hacia otro fin y hacia una nueva vida. A partir de ese momento, mis prevenciones contra el cristianismo se borraron sin dejar rastro, lo mismo que los prejuicios de mi infancia. El amor de Dios ocupaba el lugar de cualquier otro amor ²⁰.

A su amigo Teodoro, que escribió un libro sobre su conversión, le pudo decir al salir de la iglesia:

La he visto, la he visto. Todo el edificio desapareció de mi vista, vi un gran resplandor y en medio de aquel resplandor sobre el altar, se me apareció erguida, espléndida, llena de majestad y de dulzura la Virgen María y me sonrió, no me dijo nada, pero yo lo comprendí todo ²¹.

Tal como su hermano Teodoro, se hizo sacerdote y hoy es un santo conocido como san Alfonso de Ratisbona. En la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte hay una inscripción que recuerda el milagro y donde se leen estas palabras en la capilla de la Virgen: El 20 de enero de 1842, Alfonso de Ratisbona de Estrasburgo vino aquí judío empedernido. La Virgen se le apareció como la ves.

¹⁹ André Frossard, *¿Hay otro mundo?*, Ed. Rialp, Madrid, 1981, p. 34.

²⁰ Ib. pp. 35-36.

²¹ Teodoro de Bussières, *Conversión de Alfonso María Ratisbone*, Ed. Balmes, Barcelona, 1951.

Cayó judío y se levantó cristiano. Extranjero, lleva contigo este preciso recuerdo de la misericordia de Dios y de la Santísima Virgen.

SOR MARY OF CARMEL

Me escribió una carta personal y en ella me contaba: Nací en Londres en una familia judía. A los 11 años mis padres me enviaron a estudiar a una escuela regentada por unas religiosas católicas. Un día, una amiga católica me invitó a visitar la capilla del colegio, y al entrar, instantáneamente, sin pensarlo, sentí con una fuerte claridad que allí en el sagrario, que yo llamaba box, allí estaba Dios. *No sabría explicarlo, pero esto mismo me pasó en las dos siguientes iglesias católicas que visité. Entonces me di cuenta de que la Iglesia católica tenía la presencia de Dios y que yo debía hacerme católica y ser religiosa como las hermAnnas de mi colegio.*

Me bauticé a los 14 años. Al día siguiente hice mi primera comunión. Mis padres se bautizaron y se casaron por la Iglesia cuatro años más tarde. Yo, por mi parte, decidí ser religiosa carmelita descalza, después de leer la Autobiografía de santa Teresita. Y soy feliz en mi convento de UP Holland, Inglaterra, amando a Jesús, que me espera cada día en la Eucaristía.

EUGENIO ZOLLI (1881-1956)

En 1940 recibió el cargo de rabino jefe de la sinagoga de Roma. El 26 de septiembre el comandante alemán Herbert Kappler impone a los judíos de Roma el pago de 50 kilos de oro para no deportar a 300 de ellos, que estaban fichados. La comunidad judía reúne 35 kilos. Zolli acude al Vaticano para pedir el resto y la respuesta es positiva. Al final los 15 kilos del Vaticano no harán falta, porque los consiguieron por otros medios. Pero el oro no sirvió de nada, pues las deportaciones comenzaron. Solo se frenaron por intervención del Papa Pío XII. Por eso, dijo él que el hebraísmo mundial debía estar en deuda de gratitud con el Papa Pío XII.

Una vez invoqué a Jesús y a María para pedirles la curación de mi esposa, gravemente enferma. Delante de una imagen de la Piedad, dije: “Tú eres madre, madre toda santa, toda santa en el dolor y en el amor. La mujer enferma es madre. Y callé. Vuelto hacia Jesús, le dije: Señor, tú sabes todo. ¿Me ayudarás? Sí, me dijo”. Me sentía con deseos de correr a casa para ver a la enferma. Pero tenía que trabajar y hasta me olvidé de haber rezado. Olvidé hasta el sí del Señor.

Al llegar a casa, la fiebre y el delirio estaban llegando a su grado máximo y yo hacía de enfermero, porque estábamos solos. Pero, a medianoche, de un momento al otro, todo cambió de improviso. No podía creerme a mí mismo. Toqué la mano de la enferma y era una ex-enferma. Comenzamos a hablar... y razonaba perfectamente. Me sentí inquieto, como si me faltara algo, descubriendo que era el Sí de Jesús ²².

Yo amaba a Jesús y lo amaba cada vez más. Por muchos años, me parecía que se podía unir el judaísmo y el cristianismo. ¿Era esto una ilusión?, ¿una idea absurda? Yo amaba a ambos. ¿Qué podía hacer? El “Día de la Expiación” (Yom Kippur), de otoño de 1944, estaba presidiendo las liturgias religiosas en el Templo (sinagoga de Roma). Estaba en medio de una multitud de personas y comencé a sentir como una niebla espesa en mi alma, y perdiendo contacto con las personas y cosas que me rodeaban... Era la última función litúrgica y yo estaba con dos asistentes, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda; pero les dejé recitar a ellos solos las oraciones y el canto. No sentía ni alegría ni dolor. Y, de pronto, vi con los ojos de la mente un prado con hierba luminosa, pero sin flores. En ese prado, vi a Jesucristo, vestido con un manto blanco y sobre su cabeza el cielo azul. Entonces, experimenté una inmensa paz interior. Si tuviera que dar una imagen del estado de mi alma, diría que era un límpido lago cristalino entre altas montañas. Dentro de mi corazón, escuché las palabras: “Tú estás aquí por última vez”. Las tomé en consideración con la más grande serenidad de espíritu. Y yo respondí. Amén. Así es, así será, así debe ser.

Unos días después, renuncié a mi cargo de rabino de la Comunidad judía y busqué un sacerdote (padre Dezza) para que me preparara para el bautismo²³. Mi conversión fue motivada por el amor a Jesucristo, un amor que vino, poco a poco, por mis meditaciones de la Escritura ²⁴.

Su hija Myriam se convirtió y se bautizó un año después. A raíz de su conversión, llovieron sobre él toda clase de amenazas y calumnias. Los judíos lo excomulgaron y declararon apóstata; guardaron ayuno varios días y llevaron luto, como si hubiese muerto. Algunos judíos americanos hasta le ofrecieron dinero para que regresara a su antigua fe. Pero él decía: Después del santo bautismo, no soy capaz de odiar a nadie. Perdono a todos como Cristo me ha enseñado.

PADRE JOSÉ CUPERSTEIN

²² Zolli Eugenio, *Prima dell'alba*, Ed. san Paolo, Milano, 2004, p. 255.

²³ Ib. p. 275.

²⁴ Ib. p. 267.

Es un amigo personal. Él me manifestaba así su testimonio:

*Yo soy de familia judía y practicaba la religión judía. Estaba casado y tengo dos hijos. Después de algunas desavenencias con mi esposa, decidimos divorciarnos y yo le di el libelo de repudio según nuestra religión. El 24 de septiembre de 1982, fui a cenar a un restaurante en compañía de mis padres. Este restaurante **Agua viva** estaba dirigido por unas laicas consagradas. A la entrada, me impactó una linda imagen de María y, por un impulso interior, le pedí que ayudara a mi padre enfermo. Al final de la cena, las hermanas cantaron el Ave María y esto me emocionó. Aquí comenzó el proceso de mi conversión, pues la Virgen Santísima me concedió lo que le pedí y, a partir de entonces, todos los meses le llevaba flores para su imagen.*

En febrero de 1983 tuve un sueño decisivo. Soñé que me perseguían y me refugié en una casa antigua colonial. Llegué a un salón grande, donde había un crucifijo. Me postré ante el Cristo crucificado y vi cómo desaparecieron mis enemigos. Sentí tanta paz al despertar que, desde entonces, comencé a amar a Jesús. Ese mismo año pedí que me prepararan en la iglesia de San Pedro, del centro de Lima, y me bauticé. Después de mi bautismo, acostumbraba a ir a esa misma iglesia a rezar el rosario, oír misa y comulgar todos los días, después del trabajo. Era mi encuentro diario y personal con Jesús. Así, sin darme cuenta, empezó mi deseo de ser sacerdote. Por supuesto que no fue fácil, tuve que dejarlo todo. Mis hijos ni me hablan. Pero mi amor a Cristo fue más fuerte y me preparé en el Seminario hasta que el 7 de octubre de 1993 me ordené de sacerdote.

SIMI COHEN (1801-1887)

Su padre era el rabino de la sinagoga de Gibraltar. Como su madre murió al darla a luz, le puso una criada católica a quien sin saberlo su padre le enseñó las verdades cristianas, rezaba con ella el rosario y la llevaba a las iglesias, cuando salían de paseo. Sin estar bautizada, su fe cristiana se fortaleció tanto que no quería ir a la sinagoga ni aprender el hebreo. Un día la criada la llevó a una iglesia católica. La imagen de la Santísima Virgen estaba en el altar mayor con su divino niño en las rodillas. Al ver a la Santísima madre de la misericordia, se postró y entonces la Santísima Virgen se le manifestó llena de resplandores y la abrazó como una tierna madre ama a su queridísima hija. Ella, anonadada y abrasada en su amor, se ofreció de una vez para siempre para ser suya y se consagró a su hijo benditísimo.

Su padre la castigaba y ella con 16 años se escapó de casa y se fue a *La línea*, deseando ser religiosa, totalmente entregada al servicio y amor de Dios.

Escribió su Autobiografía cuando tenía 74 años. Veamos lo que nos dice sor Inés, otra religiosa de su convento sobre su vida, tal como ella se lo contó.

Desde que tuve uso de razón me acuerdo que la religión cristiana era la única que creía, y tenía una voz secreta que me impelía a abandonar la de mis padres.

Por fortuna tenía una criada cristiana, y ésta, pidiéndoselo yo y agasajándola con cuanto podía, me habló de la vida de los cristianos, sus sacramentos, sus misterios y me inspiró la grande obra de amar y venerar a la Santísima Virgen. Rezaba con ella el santo rosario en sitios excusados, y siempre me encomendaba a la Señora para que hiciera la gracia de que yo fuera buena cristiana. Mi padre era sacerdote por ser de la tribu de Leví, y era acérrimo en su Ley; continuamente me reprendía por celos de verme amiga de la criada, y pasé mucho por cosas que yo no podía callar, y le contestaba cuando tachaba la ley de los cristianos.

Siempre crecían mis ansiedades por ser cristiana. Mi madre murió al darme a luz y pidió en aquellos precisos momentos que si yo no había de ser buena, hiciera el gran Dios de sus padres que me muriera con ella. Se llamó Esther y mi padre Jacob la quería mucho y puso todo su cuidado en criarme y me puso un ama cristiana. Nací el día 4 de Abril de 1801 en Semana Santa. Después se enlazó otra vez mi padre y tuvo un hijo y murió la esposa también como mi madre al darlo a luz.

Como conocían repugnancia en mí a aprender el hebreo y seguir la religión del judaísmo, en venganza no quisieron que aprendiera a leer ni a escribir ni a nada. Yo que quería aprender las dos cosas para instruirme y adquirir medios para salir de allí, pedí a la criada dicha me enseñara y me trajo una cartilla, yo la guardaba de mis padres, pero me cogieron un día con ella en la mano, y era menester haber visto aquella escena para admirar la bondad Señor que me dio firmeza... Por supuesto, me la hicieron pedazos por tener la Santísima Cruz; pero compraba otras que he guardado para sólo mi Dios. Entretanto me negaba a ir a la sinagoga.

Tuve dos veces el grandísimo consuelo que la criada me sacara a paseo y me llevara a la iglesia de Europa, y vi a mi santísima madre la Purísima María con su hermoso hijo en los brazos. Allí sentí lo que no me es lícito describir. Sólo sé que me consagré a ella y le ofrecí llevar su nombre, y como la criada llevaba esos escudos de Dolores por promesa, allí, como pude, ofrecí ponerme María de los Dolores, y no ponerme galas, sino vivir retirada y sin comodidades, si la Santísima Virgen me traía a España y me libraba de ofender a Dios; y también si no perdía mi reputación, yo pensaba en una vida sin saber que tantos siglos ya

existía como la que con tanto gusto he abrazado. (Se refiere a las agustinas recoletas en cuyo convento de Medina vivió y escribió esta carta.) Yo decía, cuando sea yo cristiana, no tengo nada de mis padres, pero no importa, yo entraré a servir a alguna gente piadosa y siquiera serviré de niñera. Pero ya ves que no ha sido menester servir a nadie más que a mi Dios y nada me ha faltado. Bendita tan gran bondad.

Así estuve fluctuando sin poder resolverme, con las batallas más atroces, sola, sin confesor, sin libros, sin tener con quien confiarme, hasta que Dios me dio aquella determinación, que cuando lo reflexiono yo misma me asombro, hasta que Dios me dio su Santísimo Espíritu. A las seis de la mañana el 1º de Marzo de 1817 (todavía con 16 años) me vestí de medio tono, me despedí de mi padre y le besé la mano. Se extrañó que me levantara tan temprano, y le respondí que no podía dormir. Le pregunté si venía a almorzar; me contestó que sí, pero como era sábado iba a la sinagoga. Me despedí de todos los criados, y hubo su broma que por qué me había levantado tan temprano; les dije iba a comer con unas amigas, que no me esperasen en todo el día. Me despedí y abracé a mi hermano pequeño, que sentí un pesar tan terrible que, si me detengo algo, no me vengo. Pero como llegó la hora de Dios y ya determinada, tomé las escaleras, y con sola una camisa debajo del brazo, que fue lo único que saqué de mi casa, salí con grande prontitud y cerré la puerta con ánimo de jamás ni nunca volver a ella. Formada mi resolución de ser cristiana, si me cogían, correr y meterme en la iglesia de los cristianos y gritar que era cristiana y dejarme hacer pedazos antes de no cumplir mi resolución.

Seguí las calles y llegué a la muralla, que fue otro prodigio con tantos guardias y gente de todas clases, y yo tan joven y sola, y ninguno decirme una palabra. Yo, sin parar de invocar a mi Santísima madre, le iba rezando para que guiara mis pasos. Al llegar a la muralla, le dije al que debía presentar el pasaporte: “Yo soy de la Plaza (así se designaba entonces a Gibraltar). Me contestó: “Pase usted, señora”. Cuando llegué a la Línea me quito mis zapatos y echo a correr como una pluma por aquellos arenales que me hundía hasta las rodillas. Detrás de mí iba un sacerdote a caballo, como supe después, y no me pudo alcanzar.

Cuántas pesquisas hacían para rescatarme eran en balde, viendo que no lo podían conseguir, llamaron al escribano Francisco Zagala, ofreciéndole mucho de dinero, porque se juntaron todos los amigos de mi padre, para que el escribano sacándome de paseo me entregara a traición. Él dijo que primero daba su vida que hacer semejante cosa. Y tuvieron tanta compasión de mí que nada me dijeron hasta que pasado todo me lo dijo una hermana de él.

Estuve dos meses así y sufrí muchas entrevistas y malos ratos. Un día fueron dos moros halagándome muchísimo. Eran conocidos y muy ricos. Me hablaron de mi deber en mirar por la vida de mi padre, que estaba tres días sentado en la escalera sin comer ni beber hasta que fuera yo. Ellos salían por fiadores que nada me harían. Contestación mía, que no traía más fin que ser cristiana, apostólica y romana, que no haría nada en desdoro de mi familia, que por el mundo entero no dejaría de serlo, y antes de volver a mi casa daría la vida. Ellos dijeron que eran arrogancias españolas. En todo esto no obraba yo, sino el Espíritu de Dios en mí. Yo por mí no soy nada. Dios era mi todo.

El señor obispo mandó me trajeran inmediatamente a Medina con todo resguardo. Y tan grande fue que como el Vicario y el escribano andaban traspunteados, me mandaron con un hombre en una bestia. Solo los dos, el hombre y yo.

Al subirme a la bestia se presentó un joven gallardo junto a mí. Y viniendo la bestia de posta, él andaba lo mismo junto a mí. No me habló nada.

Lo que pasó en mi interior cuando nos veamos en la presencia de Dios se sabrá. Pero en lo humano me hizo el Señor grandísimos prodigios, pues venía expuesta a mil peligros, de matarme, de llevarme a la Plaza, de divertirse conmigo, pero el Señor permitió que nada me sucediera. Yo venía invocando a la Santísima Virgen, que era mi refugio.

Al llegar a casas Viejas se desapareció el joven, y por más que yo volvía la cara por todas partes no volvía a verlo más. Estuve un rato sentada en aquellos poyos. Le di al hombre que comiera de la buena comida que el escribano, que fue un padre para mí, me dio para el camino. Yo no tomé nada hasta las 8 de la noche que entré en el convento de San Cristóbal, que otro día te celebraré el paso chistoso que pasé en la entrada de este convento.

Al llegar a Medina, nadie nos daba razón del Vicario, que era a quien yo venía recomendada, y aquí te quiero ver: el hombre salió de sí echando contra los clérigos. Entonces le dije que se sosegara, que yo lo llevaría. Le pregunté a una mujer que le dije que me llevara a casa del Vicario. Me dijo se había muerto. Le dije que no era ése, sino uno viejecito. Entonces me llevó y a pocos pasos me lo encontré. Le dije: “A usted es a quien yo vengo buscando”. Me preguntó: “¿Eres tú la de la Plaza?” Le dije que sí, y le entregué el memorial. Me preguntó: “¿Con quién has venido?” Le dije que con el señor y un mocito. El hombre me desmentía, diciendo que no venía más que yo y él solos. Le di las señales del que venía junto a mí. Entonces dijo el señor Vicario: “Hija, ése era San Rafael que venía acompañándote”. Me mandó con aquella mujer a San Cristóbal, convento de “las monjas de abajo”. Se quedó con el hombre litigando

el uno que era Rafael, el otro que no venía nadie. Me despedí del hombre y ya no le he vuelto a ver más.

Me llevaron a San Cristóbal... Estuve allí un año, pero como Dios me llamaba a esta vida, me vine aquí sin saber cómo, donde he vivido siempre contenta.

Tu amiga y hermana en J. M. y J., que te desea ser una santa. María Dolores del Amor de Dios. 16 de mayo de 1875.

Simi fue religiosa agustina recoleta en Medina Sidonia (Cádiz) y murió como una santa en 1887 a los 86 años. Su Proceso de canonización está en marcha.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído todo lo que antecede, podemos llegar a la conclusión de que el Papa Pío IX no fue antisemita, ni lo es la Iglesia católica en la actualidad. Ciertamente a lo largo de los siglos, el pueblo judío, extendido por todo el mundo, ha sido perseguido por cristianos por razón de los altos intereses en los préstamos y también, porque ofendían la fe católica con escritos anticristianos del Talmud como el que dice que Jesucristo fue hijo de María y de un soldado romano.

Lo cierto es que en esta historia de Edgardo Mortara no hay por ninguna parte fanatismo ni directa crueldad. Más bien vemos cómo su padre, aun teniendo Edgardo ya 19 años en 1870, cuando Roma es invadida por las tropas de Garibaldi para formar la unidad italiana, él trata con ayuda de las nuevas autoridades y moviendo todos los resortes posibles que Edgardo vuelva a su familia. ¿Qué pretendía? ¿Que se arrepintiera de su decisión de ser sacerdote?, ¿de que apostatará de la fe católica y volviera a la fe judía? De hecho, no lo pudo conseguir. Y más bien Edgardo, dado que cuando intentó hablarles de la fe católica vio que no querían, se limitó a mantener con sus padres y hermanos unas buenas relaciones y seguir adelante con su fe, que no podía dejar por nada del mundo. ¿Dónde estaba la libertad que tanto había proclamado para su familia? ¿Acaso Edgardo, que ahora ya se llamaba en su Congregación Pío María, y tenía 19 años, no tenía derecho a escoger libremente? ¿Por qué su padre, después de 13 años, quería seguir imponiéndole su voluntad?

Muchos enemigos seguían hablando de que el Papa había esclavizado a Edgardo y le había lavado el cerebro para imponerle su voluntad. ¿Y ahora ellos querían esclavizarlo para imponerle que volviera con la familia? Realmente, Dios

